

La Ilustración Artística

AÑO XIV

BARCELONA 18 DE NOVIEMBRE DE 1895

NÚM. 725



EL GRABADOR CHODOWIECKI EN SU TALLER, cuadro de P. Meyerheim,
reproducido con autorización de la Sociedad Fotográfica de Berlín

SUMARIO

Texto. — *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. — *Semblanza. Excmo. Sr. D. José de Salamanca y Mayol*, por E. Zamora Caballero. — *El novio de la tiple*, por Luis Taboada. — *La riqueza del pobre*, por A. Larrubiera. — *Emma Calvé*, por N. — *Nuestros grabados. — Miscelánea. — Sport*, por E. Font Valencia. — *Abandonada*, novela de Enrique Greville, con ilustraciones de Salvador Azpiazu (continuación). — **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *Máquina para tirar los clichés fotográficos*, por G. Mareschal. — *Carreras de trenes expresos en Inglaterra*, por C. Marsillón. — Libros enviados a esta Redacción por autores ó editores.

Grabados. — *El grabador Chodowiecki en su taller*, cuadro de P. Meyerheim, reproducido con autorización de la Sociedad Fotográfica de Berlín. — *Excmo. Sr. D. José de Salamanca y Mayol. — El golfo de Nápoles*, dibujo de José M.^a Marqués. — *Emma Calvé en la ópera «Carmen»* (de fotografía). — *La convaleciente*, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo (premiado en la Exposición de Bellas Artes de Venecia de 1895). — *Contrato de matrimonio*, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo. — *Descanso*, cuadro de V. Caprile. — *Don Quijote en el palacio de los duques*, cuadro de L. Barrau. — *Jarrón decorativo*, obra del escultor Torcuato Tasso. — *D. Manuel Monedero y Romero*, general de la República del Salvador (de fotografía). — *El cardenal arzobispo de Sevilla D. Benito Sanz y Forés*, fallecido en Madrid en 1.^o del corriente (de fotografía). — *Máquina para tirar los clichés fotográficos:* Figura 1. Aparato para la exposición a la luz de los rodillos de papel sensible. — Fig. 2. Aparato para desarrollar que realiza también las operaciones de fijar, dar alumbre, lavar y secar. — Fig. 3. Detalles del aparato de exposición a la luz. — Figura 4. Cubeta de desarrollo. — *Carreras de trenes expresos en Inglaterra* (de fotografías instantáneas). — *Monumento al almirante Korniloff*, recientemente inaugurado en Sebastopol, obra de Schroeder.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

El Oriente y confusión allí de la vida humana y de la vida puramente animal. — Animales mitológicos, todos de Oriente. — Proyectos de restaurar fiestas griegas. — Recuerdos de la fiesta de Baco. — El otoño en noviembre. — La muerte con motivo de la conmemoración de los difuntos. — Teosofía. — La duquesa de Pomar. — María Estuardo. — Conclusión.

I

Mucha boga obtiene hoy el Oriente. Con motivo de Armenia, el mundo habla mucho de Creta, del Epiro, de todas las regiones helénicas, sometidas ó no al imperio turco. Así Grecia ocupa un primer lugar en esta boga. Sobre los pedazos libres de la península, reina un rey constitucional; y este rey constitucional pertenece por su nacimiento al pueblo dinamarqués. A pesar de origen tal, se interesa por todas las cosas griegas, como si hubiese nacido en Grecia. Y quiere presentar á Europa evocados por él aquellos juegos olímpicos é ístmicos, que tanto privaran en el mundo antiguo. Pero ¿dónde hallará las hermosas especies animales que ayudaban en estas festividades á los griegos? El caballo hacía entonces al caballero, porque semejaban los atléticos jinetes y sus cabalgaduras un solo cuerpo. Eran entonces más estrechas que ahora las relaciones entre el reino humano y el reino animal. Los pueblos y hombres de Oriente no pueden desasirse á la compañía de los animales. En sus faunas respectivas échase de ver el origen asiático que traían todas las divinidades helenas. El águila de Júpiter ha batido sus alas en las montañas de Oriente. Desde la India viene aquel pavo real que ostenta sus multicolores plumas al pie de Juno en rueda brillantísima. Montada en toro pujante vino Europa, y conducida por palomas Venus. Siguen los perros á Diana cazadora, y atisba la lechuza de Minerva con su estrecha retina las espesas sombras. Pues bien: de todas las plantas, de todos los litúrgicos animales, ninguno tiene la importancia que aquella tentadora serpiente, consagrada en el simbolismo universal con tantos y tan diversos caracteres. La serpiente, después de haber recorrido las orillas de los ríos sacros en la India, tienta nuestra primera madre, lo mismo según la Biblia judía, que según la Biblia caldea; escupe todos los males sobre la tierra empapada en su ponzoña; contrasta el poder de Jehová por los desiertos de Madián, á la vista misma de Moisés; se arrastra en las orillas del Nilo y en los santuarios de Siria; entra por los poemas cosmológicos del Asia y del Africa; cae herida sobre los territorios helénicos á las flechas de Apolo; sube al péplum de Minerva en Atenas y á la vara del divino Esculapio para significar la ciencia, y concluye por presentarse quebrantada bajo las plantas de María en nuestra liturgia católica.

II

¿Cómo comprender hoy esta especie de coasociación entre los animales y los hombres? ¿Cómo resucitar el sentimiento candoroso y puro, á cuyas suges-

iones obedecía la casta desnudez de los helenos, incomprensible á nuestra civilización pudorosa? ¿Cómo reducir la mayor parte de una educación moderna, después del cristianismo, á la gimnasia y á las matemáticas y á la música, para que todo fuese armonía, cual entonces, ahora? Pensad en una fiesta báquica y veréis cuán religiosa en aquellos tiempos, cuán indecente hoy, en este nuestro tiempo. Este culto enardecía los sentidos y los llevaba, con los vapores de sus embriagueces, á una exaltación que así disponía de los nervios como de las ideas. El vino, mezclándose con la sangre, le prestaba fuego y la enrojecía de púrpura. El calor suyo impelía con soberrano impulso por las venas. Así desde la viña hasta la bodega obtenían templos. La fibrosa y oscura cepa, el flexible sarmiento, los pámpanos tan artísticos en su corte, las uvas cristalinas, el racimo en que los granos se agrupan como las piedras preciosas en joyeles, el zumo rebosante del amplio lagar y recogido en el ánfora, por tal modo encantaron á los pueblos primitivos, que constituyeron éstos en su honra una religión de la naturaleza y un culto de doble carácter, sensual y litúrgico. Ceres y Baco formaban toda la teología del agrícola y de su agricultura, todos sus cultos. El primer culto se presentaba con mayor serenidad, personificado en matronas castísimas; el segundo vivía de naturales enardecimientos, personificado en joven voluptuoso. Pocos dioses habrán llegado á Grecia de tan lejos, ni revestido tantas formas varias en su larguísima carrera. India lo había engendrado; Caldea lo había puesto en sus palacios junto á sus reyes; Frigia le había encendido las venas y prestádole su voluptuosa flauta; Grecia, por último, desvestiéndole de ropas sacerdotales y regias, completamente inútiles, habíalo lanzado desnudo en los senos de la naturaleza, henchida de sensualidad, después de rejuvenecerlo en su inspiración y prestarle su armoniosísima y serena hermosura. Desde aquel sacerdote que iba envuelto en los pliegues de su túnica oriental, coronado con altísima tiara y ceñido con litúrgicos cinturones, de barbas tan luengas y de tan ricas estolas, grave y reposado, hasta el egebo medio ebrio, cuyos ojos encendidos por el vino se pierden allá en visiones rojas, y cuyo cuerpo desnudo se apoya en la parra, llevando en sus manos copas y flautas, coronado de pámpanos y hiedra, con todo lo cual esparce por doquier su propia voluptuosidad, hay una serie tal de transformaciones sucesivas que muestran cuánto viven las ideas y cuán múltiples y ricas aparecen siempre sus formas en la inmensa metamorfosis á que todos los seres se hallan sujetos por combinaciones de las fuerzas cósmicas dentro del inconmensurable é infinito universo. La hiedra, que facilita las evaporaciones del vino y conjura las borracheras nefastas; el tirso, donde las culebras enlazan sus colas y enseñan los áspides en sus fauces entreabiertas; la piña, que remata los trofeos y timbres del vendimiador; la cesta, que guarda los objetos sacros del culto báquico; el toro, que puebla con sus mugidos los aires y salta gozoso y valerosísimo sobre sus pastos; la liebre, representando una fecundidad muy bendecida por los labradores, que aprovechan los animales útiles con los domésticos y de labor y de carga; el cabrito, de velludas pieles y retorcida cornamenta; el asno aquel de tan fuertes rebuznos que aterrá á los fabulosos gigantes; la flauta frigia, compañera de una vendimia opima; el címbalo, á cuyos sonidos tréznanse los bailes voluptuosos; la máscara, copiada de los embadurnamientos con que pintaban sus caras de mosto los alegres silenos; la carreta cargada de cubas, y en la cual surgió de las facecias graciosísimas entre los cargadores el teatro clásico; los sátiros, corriendo en busca de las bacantes; todo el simbolismo báquico ha dejado tales huellas de su paso en los viñedos y en los lagares, que todavía vemos ahora, en el mes de noviembre, por las tardes sublimemente tristes del otoño, cuando sobre los pámpanos áureos y rojos se alzan los montones de racimos dispuestos para entrar en los apercebidos cenachos, y rompiendo el enlace de los sarmientos van las últimas rebuscadoras en pos de los olvidados rebujos, entre los primeros cierzos que azotan la faz y las postrimeras despedidas lanzadas con tristes píos en el aire perfumado de mosto por las retardadas golondrinas.

III

Grande transición desde las fiestas báquicas á la conmemoración de los difuntos. Pero no hay otro remedio, pues imposible hablar del otoño, sin hablar de la vendimia y de la muerte. A mí el dolor y la muerte me han hablado siempre de religión. Hay quien ha pensado suprimir el dolor; quien ha creído suprimir la muerte. ¡Grave error! En el límite donde comienza el sentimiento, comienza el dolor, que es

compañero eterno de la vida, y nos avisa de nuestras faltas, y nos auxilia en nuestros grandes trabajos, porque no podemos alcanzar la verdad sin esfuerzos, ni llegar al bien sin combate, ni desear lo perfecto sino con esa sed insaciable, señal del origen celeste é infinito de nuestra alma. Desgraciados de nosotros el día en que se acabara el desasosiego de nuestro ser, porque con ese desasosiego se acabaría también lo más noble, lo más sublime de la vida. Y lo que digo del dolor, digo de la muerte. ¡Ah! El hombre sería un eterno bufón, si no supiese que al menos ha de haber un acto solemne, trágico, sublime, alguna vez en su existencia: la muerte. La tememos, porque no la miramos frente á frente, porque nos hemos propuesto olvidarla en medio del ruido y las algarabías del mundo. Pero la muerte no mata, la muerte no aniquila; es un nacimiento á otra vida, y parece una descomposición, porque nunca brota el tallo sin descomponer la semilla, ni el fruto sin secar la flor, ni una nueva forma sin borrar las formas antiguas en el crecimiento y progreso de todos los seres. Si no hubiera muerte no habría renovación; sería la naturaleza un lago inmóvil y podrido; la humanidad, una vieja impotente y preocupada. El sepulcro es una cuna. Mientras nosotros lloramos un muerto, como la personalidad tan trabajosamente conquistada no puede perderse, en ese muerto ven otros seres un recién nacido; porque la vida es infinita. Y mientras haya dolor y haya muerte, habrá religión. El raciocinio se quedará inmóvil á las puertas del sepulcro, y abrirá allí sus alas luminosas la fe. Si quitáramos el dolor, si quitáramos la muerte, acaso podríamos quitar la fe. Pero al quitar el dolor, al quitar la muerte, convertiríamos el mundo en vicioso harén y el hombre en eterno sultán; pero en un sultán reducido, por el opio del placer, á un eterno imbécil. Una vida en que no cae una lágrima, es como uno de esos desiertos en que no cae una gota de agua: sólo engendra serpientes. Si quitamos de la frente del obrero el sudor; de las grandes causas el martirio; de la obra del artista la pena; del amor la tristeza; de la vida esa corona de ciprés que se llama la muerte, no habrá fe, pero tampoco habrá ni virtud, ni esperanza, ni poesía, ni belleza moral en el mundo: que todo lo grande nace del dolor, y crece al riego de las lágrimas.

IV

Y puesto que hablamos de la muerte, hablemos de una muerta célebre, á cuyo recuerdo consagran muchas columnas los periódicos de Londres y París: hablemos de la célebre duquesa de Pomar. Pocas mujeres han cultivado en el mundo las ideas como esta mujer extraordinaria tenía costumbre y hábito de cultivarlas. Así creía en Dios y predicaba la idea de Dios en los salones más ajenos á todo aspecto de templo y entre las gentes más dadas al credo del ateísmo y al culto de la materia. Su conversación parecía la conversación de una Hipatia, de aquella célebre joven alejandrina, verdaderamente adorada de Platón y de Pitágoras en el seno de las ciudades orientales recién cristianizadas. Y con efecto, la duquesa de Pomar profesaba la idea de Dios como los platónicos, y con la idea de Dios profesaba el dogma pitagórico de cierta transmigración de las almas desde unos cuerpos á otros cuerpos y desde unos seres á otros seres. Y así como acertaba en todo lo referente al dogma de Dios y había que oirla y leerla cuando trataba de su existencia, desvariaba en todo lo referente á la transmigración de los espíritus y á sus comunicaciones continuas y diarias con los vivos. Por virtud de tal desvarío imaginaba llevar en su alma el alma de María Estuardo, y con María Estuardo identificarse, así en su hermoso rostro como en su regia figura. El desvarío llegó hasta reproducir el palacio escocés de María en una calle parisiense y erigirle á la reina una estatua que dicen las gentes era el propio retrato de la duquesa reemplazando al rostro de la infortunada regia mártir. Con tales ideas, ó mejor dicho, con tales supersticiones, imposible que llegase á desasirse del empeño de todos los creyentes y de todos los supersticiosos, del empeño de comunicar y transmitir sus creencias al público. Así el palacio suyo fué una grande universidad de dogma espiritista. No hay que maravillarse mucho si acudía grande número de gentes. A la prestancia personal, á la palabra elocuente, á las ideas filosóficas unía la duquesa un culto casi religioso al principio de la paz universal y una caridad por los pobres que le daban aureola superior á los resplandores de su hermosura y de su ciencia. Los pobres que la lloran en París hacen la mejor oración fúnebre que puede consagrarse á tan extraordinaria mujer. Dios la tenga en su seno.

Madrid, 8 de noviembre de 1895.

Excmo. Sr. D. José de Salamanca y Mayol



SEMBLANZA

Malagueño, decidido, alegre, simpático, buen mozo, espléndido, audaz sobre toda ponderación, hubo un tiempo en que parecía haber esclavizado á la fortuna, que en sus últimos años le volvió la espalda, como si quisiera justificar el dicho de Carlos V, según



Excmo. Sr. D. José de Salamanca y Mayol

el cual la inconstante diosa, mujer al fin y al cabo, se enamora de los jóvenes y abandona á los viejos.

D. José Salamanca, dotado de un talento clarísimo y de una imaginación brillante, siguió la carrera de abogado, y nombrado juez de primera instancia desempeñó por algún tiempo el juzgado de Monóvar, en la provincia de Alicante.

Como en aquellos tiempos la inamovilidad judicial estaba muy lejos de ser un principio respetado por los ministros, supongo que cuando cayera el que lo nombró, su sucesor dejaría cesante al futuro banquero para colocar á algún protegido.

Sea mi suposición exacta, sea que él renunciara espontáneamente su empleo, cosa que me parece poco probable, el dato no es de gran importancia para la historia, ni el hecho creo que ejerciera una influencia decisiva en la suerte de aquel hombre extraordinario.

Salamanca no había nacido para andar por esos mundos de Dios, siguiendo modesta y tranquilamente la carrera judicial; y apenas puede uno figurárselo embutido en la toga, en el fondo de mezquino despacho, debajo de un dosel polvoriento, detrás de una mesa vieja llena de legajos, sentado en raído sillón, dictando entre bostezo y bostezo el auto que demanda el pedimento de que le dan cuenta, ú oyendo, sin escucharlo, el informe de un abogado ramplón en un pleito sobre pago de quinientas pesetas.

Tengo para mí que de todos modos hubiera sido lo que fué, y por eso no doy importancia al hecho de que perdiera su destino por voluntad propia ó por resolución del ministro.

La cesantía en todo caso no haría más que anticipar los acontecimientos.

* *

Un banquero de Málaga con quien tenía relaciones de parentesco le confió una comisión importante en Madrid.

Su aparición en la capital de España fué un verdadero acontecimiento.

Aquel cesante que se metía en todas partes, no con carácter de pretendiente, sino con aire de conquistador, que trataba á los ministros de alto á bajo, que asombraba por su audacia, que todo lo revolvió, que vestía con suprema elegancia y hablaba con singular desparpajo, que asombraba á los hombres por su ta-

lento y seducía á las mujeres por los encantos de su trato y sus esplendides de nabab, que despreciaba los millones cuando en realidad se ignoraba si tenía una peseta que pudiera llamar suya, era un hombre destinado á ejercer grandísima y provechosa influencia en el progreso material de España.

Alto, guapo, simpático, alegre, teniendo siempre á mano un chiste ó un cuento oportuno para salir de una situación apurada ó contestar un argumento irrefutable, tratando á la fortuna, no como diosa inconstante, cuyos favores hay que solicitar con cautela, sino como esclava sumisa á quien se puede mandar con imperio, se impuso en todas partes, lo mismo en el mundo de la política que en el de los negocios, y dominaba igualmente en la Bolsa que en los bastidores de teatros.

Se dijo que Rubí había querido retratarle en el protagonista de su comedia *El arte de hacer fortuna*. Es posible, pero en realidad el original valía mucho más que el retrato. Salamanca, aun mirado desde el punto de vista artístico, era muy superior al D. Facundo Torrente que creó la imaginación del poeta.

* *

Habiendo comenzado por negocios tan enormes como el contrato de los azogues de las minas de Almadén y el arrendamiento de la renta de la sal, entonces estancada, concibió el proyecto de dotar á su patria de ferrocarriles. Solicitó y obtuvo diferentes concesiones, y la línea de Madrid á Aranjuez fué la segunda de las que se inauguraron en España. La primera había sido la de Barcelona á Mataró, construída por una empresa catalana.

Para entretener sus ocios emprendió muchas veces jugadas de Bolsa colosales.

Y aquí del terror de los bolsistas.

«¡Salamanca compra! ¡Salamanca vende!» se decían unos á otros, y todos procuraban hacer lo que él. Lo malo es que muchas veces vendía ostensiblemente diez y compraba ciento por segunda mano, de suerte que era imposible saber con verdad si estaba al alza ó á la baja.

En cierta ocasión formóse contra él una conjuración terrible, en la que entraron altos y bajos, desandando derribar al coloso.

Todos los especuladores estaban á la baja.

Salamanca solo sostuvo los cambios, comprando cuanto se vendía, no sólo en Madrid, sino en todas las plazas donde se cotizaban valores españoles.

Y llegó el fin del mes y vino el alza.

Es inútil pintar la consternación de los bolsistas, especialmente de la gente menuda, que se veía arruinada.

Al llegar el momento crítico, Salamanca se presenta en el vetusto edificio de la plaza de la Leña, sube al *parquet* de los agentes, empieza á romper en menudos pedazos las pólizas de venta de que llevaba atestados los bolsillos, y tirando lo más lejos posible una lluvia de papelitos, que minutos antes significaban la desesperación de muchas familias, grita alegremente:

— Perdonó á tutti.

No hay que decir la ovación que le hicieron aquellos especuladores, entre los cuales algunos estarían quizás pensando en el suicidio.

Salamanca dejó de cobrar bastantes miles de duros, pero evitó muchas lágrimas.

* *

Acostumbrado á que nada le resistiera, tuvo no sé qué diferencias con la empresa de diligencias que explotaba el servicio entre Madrid y Sevilla, y se propuso arruinarla.

Hizo que le presentaran á un militar retirado, que pasaba por entendido en esa clase de negocios, conferenció con él durante una hora, y en aquellos se-

venta minutos quedó resuelto montar un servicio que compitiera con el existente en rapidez, comodidad para los viajeros y precios de transporte.

Puestos los dos de acuerdo, Salamanca llamó á su cajero y le dió sencillamente esta orden:

— Déle usted al señor lo que le pida.

Y no se volvió á ocupar más del asunto.

El comisionado no anduvo ni torpe ni perezoso. El mismo día salió para el extranjero, compró, sin reparar en el coste, los mejores coches que pudo encontrar, y antes de un mes estaba establecido el nuevo servicio.

La Compañía de postas peninsulares era poderosa y recogió el guante.

La competencia se entabló principalmente en los precios.

La empresa antigua llegó á poner sus billetes gratis.

Salamanca no sólo llevaba de balde á sus pasajeros, sino que les daba de comer espléndidamente en el camino.

Por fin los dos rivales lograron ponerse en paz, y las diligencias de Salamanca desaparecieron.

* *

Metido en política, desde que se lanzó á los negocios fué diputado y ministro de Hacienda.

Lo hizo bastante mal, como ha sucedido á casi todos los banqueros; cayó pronto, y en poco estuvo que no saliese procesado.

El ministerio de Hacienda es más propio para los hombres de administración que para los de negocios.

Enemistado con Narváez, conspiró contra él y se le acusó, al parecer con fundamento, de haber facilitado medios para uno de los muchos alzamientos populares que realizaron los progresistas contra los moderados.

Refugiado en una embajada, la policía le acechaba para prenderle, y Narváez decía que lo fusilaría en cuanto lo cogiese.

D. Ramón era muy capaz de cumplir su palabra, y fué necesario pensar en sacarlo de Madrid.

Una mañana salió de la Dirección de carabineros con destino á la frontera de Portugal una partida de tropa de aquel instituto, mandada por un sargento.

Este no era otro que D. José Salamanca, el cual, con sus polainas de paño, su morral á la espalda y el fusil al hombro, consiguió ponerse en salvo.

Quien combinó esta fuga y proporcionó los medios de realizarla fué D. Fernando Fernández de Córdova, capitán general de Madrid é íntimo amigo del banquero.

Cuando dos ó tres días después se divulgó la noticia, Narváez montó en cólera y tuvo con Córdova una escena terrible, en que el capitán general anunció su dimisión.

Por la noche, cuando iba á entregársela, el presidente del Consejo, que había ya reflexionado, le recibió risueño y le dijo, tendiéndole la mano:

— La verdad es que han *estao* ustedes muy *zalaos*, zeño D. Fernando, muy *zalaos*.

Y no se habló más del asunto.

* *

Vuelto á Madrid al poco tiempo, llegó al apogeo de su fortuna.

Al frente de las empresas más importantes derramaba el oro á manos llenas, y cuanto más derrochaba más tenía, como si los hechos quisieran justificar su teoría, según la cual hay dos maneras de enriquecerse: guardar ochavos ó tirar millones. Él había optado por la segunda.

Entonces fué cuando varios escritores de buen humor, que se reunían en el café Suizo, imaginaron la broma de convidarle á un banquete, que se debía verificar en un fondín económico, al precio de dos pesetas el cubierto.

El banquero aceptó la invitación, y en aquella comida trabó estrecha amistad con D. Ramón Rodríguez Correa, uno de los comensales, á quien poco después puso al frente del periódico *Las Noticias*, que no pudo competir con *La Correspondencia*, y le hizo perder muchos miles de duros.

Con razón decía á sus íntimos, cuando le reprochaban sus prodigalidades con las mujeres, que á él le costaban más caros los hombres.

No creyéndose inferior á Rothschild, por el talento financiero, solía decir muchas veces:

— Quisiera que á los dos nos tirase una ola enteramente desnudos en una playa desierta, á ver quién se vestía primero.

Y para ponderar el talento de los malagueños, exclamaba:

— Mis paisanos son tan listos, que Cánovas y yo tuvimos que venirnos á Madrid por miedo á que nos engañasen.

* *

Su ruina fueron los ferrocarriles pontificios.

En aquella empresa, emprendida cuando ya el poder temporal estaba á punto de desaparecer, perdió un capital que pasaba de cien millones de pesetas.

A su fallecimiento, ocurrido hace pocos años, sus herederos encontraron que el pasivo superaba en algunos millones al activo de su fortuna, representado principalmente por posesiones regias de escasos productos, y palacios magníficos llenos de cuadros y objetos de arte.

Ya poco antes de su muerte, decía él burlándose de sí mismo:

— Un pliego de papel sellado, en blanco, vale tres reales; pero en cuanto yo pongo en él mi firma, no vale nada.

* *

Yo soy de los que creen que España debe una estatua á D. José Salamanca.

Sin él es indudable que hubiéramos tenido ferrocarriles, pero es seguro que hubiésemos tardado mucho más en tenerlos.

EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO

EL NOVIO DE LA TIPLE

Ó como si dijéramos, el verdugo del empresario, el castigo de los autores, el enemigo del contador, el eterno obstáculo de tramoyistas y asistencias.

Si la tiple es de las que producen dinero á la empresa, porque tiene mucho desparpajo ó porque posee dotes físicas de primer orden, el novio abusa de estas circunstancias y se erige en amo y señor de todo lo creado.

— Hoy la Paquita no canta, va á decir al empresario el novio de la tiple.

— ¡Demonio! ¿Por qué?, pregunta el desdichado industrial.

— Porque hemos tenido un disgusto y yo no la dejo.

— ¡Pero, Sr. de Baselnia, hágase usted cargo de que esto puede traerme perjuicios de consideración!

— ¡No la dejo cantar, ea!

Y el novio da media vuelta y se dirige á su casa, satisfecho de su obra.

Entonces el empresario acude al domicilio de la *diva*, con la congoja en el corazón y las lágrimas en los ojos.

— ¿Se puede?, pregunta desde fuera.

— Pase usted, D. Teófilo, contesta el artista con acento dolorido. ¡Ay, me coge usted en un momento terrible!.. He tenido un gran disgusto con Nicanor.

— Lo sé, Paquita, lo sé todo.

— ¡Infame! ¡Cruel! ¡Decir que yo no le quiero! ¡Decir que soy una coqueta.

— ¡Pero qué ha pasado?

— ¿Conoce usted á Cajigas, el concejal?

— Sí, señora; todavía me debe tres duros y medio de unas butacas y dos reales sueltos que le presté una noche.

— Pues bien: Nicanor está celoso de Cajigas y me ha prohibido que vuelva á cantar.

— También lo sé, Paquita; también lo sé. Acaba de ir al teatro á darme la noticia.

La tiple se echa de bruces en el sofá y comienza á verter lágrimas como puños. El empresario trata de consolarla, exponiendo una colección escogida de ideas filosóficas sobre el amor, los celos, las tiples, los concejales y los tres duros y medio.

Por último la tiple se yergue con la dignidad propia de una *primera parte* y dice con toda solemnidad:

— Ya lo sabe usted, D. Teófilo; Nicanor se opone

á que yo continúe en el teatro, y yo no contrarío á Nicanor, porque le quiero ¡con toda mi alma!

— ¡Qué conflicto!, murmura D. Teófilo dejándose caer sobre una silla coja y dando de espaldas contra el suelo.

La tiple acude á levantarle, y después de muchas súplicas de D. Teófilo y de no pocas objeciones de Paquita, ésta acaba por decir á su empresario:

— Sólo hay un medio.

— ¿Cuál?

— Que vaya usted á ver á Nicanor y le convenza de que Cajigas me es de todo punto indiferente. Cuando él adquiera la convicción de que le quiero ¡más que á mi vida!.. no se opondrá á que siga cantando.

D. Teófilo corre á casa de Nicanor, que está furioso y se pasea por el gabinete jurando y diciendo que su resolución es irrevocable.

— ¡Vamos, le dice D. Teófilo, tranquilícese usted! Paquita no ha pensado siquiera en Cajigas... Es usted mucho más guapo y más derecho.

— Muchas gracias, D. Teófilo.

— Paquita está inconsolable, y cuando llegué á su casa se estaba arrancando los cabellos con las manos, porque le quiere á usted muchísimo, pero muchísimo...

— ¡Infame!

— Tenga usted la seguridad de que no ha pensado nunca en Cajigas.

Nicanor acaba por convencerse, y más cuando oye decir á D. Teófilo:

— Desengañese usted, Nicanor; Cajigas es feo y además le huele la boca á ajo frito. ¿Cómo cree usted que un hombre con aquel olor pueda agradar á una primera tiple andaluza?

D. Teófilo ha salvado su empresa con estas y parecidas reflexiones, y Paquita canta aquella noche y todas las demás, hasta un jueves en que llama al empresario y le dice:

— Esta noche no cuente usted conmigo.

— ¿Por qué?

— Porque á Nicanor le ha hecho un desaire muy gordo el encargado de la taquilla.

— ¿Un desaire?

— Sí, señor; fué á pedir cuatro butacas para cuatro amigos y se las dieron de novena fila.

— No las habría de otra.

— ¿Y qué? Si no las hay, se buscan.

— Pero...

— A mi Nicanor no le desaira nadie en el mundo.

Ó se buscan cuatro butacas de fila 3.^a ó yo me voy hoy mismo al teatro de Terpsicore, donde tengo un puesto el día que se me antoje.

Y el infeliz empresario tiene que adquirir cuatro butacas de manos de los revendedores para satisfacer á Nicanor.

Éste, prevalido de su importancia, concluye por mandar en jefe en el teatro; y cuando le pone la proa á una zarzuela, la zarzuela no se hace, y cuando le coge tirria á una persona, aquella persona no vuelve á pisar el escenario, y cuando no le saluda con respeto un acomodador, aquel acomodador es despedido *ipso facto* por la empresa.

Los tramoyistas no se atreven á decirle nada cuando le ven estorbando en mitad de la escena, y él campa allí por sus respetos y abusa de su situación y se mete en todo lo que no le importa; pero es lo que dice D. Teófilo:

— Bueno, sí; comprendo que es un hombre anti-pático; pero está en relaciones con la tiple y hay que bajar la cabeza.

El que quiera ver á Nicanor, no tiene más que irse al cuarto de Paquita, donde el hombre se pasa la noche entera; ó á los ensayos, de doce á tres de la tarde. El no falta un solo día, y aun se atreve á hacer observaciones al autor de la obra; como por ejemplo:

— Oiga usted, amigo Balbín, á Paquita no le gusta tener que cambiar de traje en el segundo acto; por consiguiente quítela usted todo lo referente al vestido. ¡Ah! Procure usted que la característica no la llame *torpe*, en escena, porque eso no le gusta.

— ¡Pero, hombre! ¡Si ya sabemos que no lo es!

— No importa. La característica siempre se lo dice con retintín, y eso no se lo permitimos ni Paquita ni yo.

Todo cuanto se diga del novio de la tiple resulta pálido. Las empresas teatrales se echan á temblar cuando una artista, al ser solicitada para un *coliseo*, dice solemnemente:

— Advierto á ustedes, señores, que yo tengo novio.

— Bueno; ¿qué se va á hacer?

— Es que se lo advierto para que se le guarde todo género de consideraciones y no se le moleste á la puerta ni le atropellen los tramoyistas, ni le hagan preguntas indiscretas los celadores del escenario.

No hace mucho que un carpintero mal intencio-

nado dejó caer desde el telón una bambalina sobre la cabeza del novio de la tiple, y al ser reprendido por la empresa, decía el operario tranquilamente:

— ¡Yo creí que les hacía á ustedes un favor!..

Puede que no fuera descaminado el carpintero.

LUIS TABOADA

LA RIQUEZA DEL POBRE

I

Para aquel mocoso de Juanito, el hijo del carpintero, llegar á «ser hombre» era su gran ambición infantil.

Como de la vida no sabía palabra, consideraba las acciones de su padre como las más dulces gollerías que pudieran apetecerse.

Indudablemente cuando él, Juanito, tuviera los bigotes de su padre, tendría mujer é hijos, fumaría, sería contertulio de las tabernas del distrito, se emborracharía los sábados, andaría á moquetes con la familia, y en los días de gran repique, toros, meriendas, cafés, teatros, ¡juerga!, ¡mucho juerga!

Porque el mocito no iba á andar siempre con pantalones abiertos en aquella parte más blanda del individuo, ni el asistir á la escuela había de durar toda la vida. Medrados estábamos con la bicoca de que á diario los señores de la palmeta calentaran las orejas por si uno sabe, mejor dicho, no sabe las lecciones del Catecismo, de la Gramática ó de la Aritmética. ¡La aritmética! ¡Dios soberano! ¿Pero quién sería el que inventó ese rompecabezas? ¿Quién sería ese Sr. Pitágoras, autor de la tablita de multiplicar?..

Y Juanito Fernández al llegar á estas consideraciones echábase á la nuca la gorrilla de seda y rascábase sin pulcritud alguna los polvones que desmayadamente le caían sobre el rostro moreno y falto de agua.

¡Y si lo de estudiar fuera sólo en la escuela!.. ¡Santo y muy bueno!.. En su casa era el mayor martirio... A todas horas la madre gritándole:

— ¡Juanito, á estudiar!.. ¡A estudiar, Juanito! ¡Juanito, que me vas á salir un burro!..

Y privado con tales apremios de salir á la calle y jugar al peón ó á los soldados... ¡Hombre! Una tiranía insoportable.

— ¡Cuando yo sea padre!..

II

¡Los quince años!

La edad más hermosa de la vida: no se es ya niño, y aún se conserva la candidez: no se es aún hombre, y ya se anhela tener novia: se desea sorprender el misterio que alegre retoza en derredor de los quince años: secreto que brilla en los ojos, palpita en los labios y conmueve el corazón á la vista de una mujer hermosa: todas os seducen y á ninguna os atrevéis á dirigiros: es más, si cualquiera os mira se os enciende el rostro.

Juan Fernández no iba ya al colegio: estaba de aprendiz en la carpintería de su padre; y si malo era lo de aprender la aritmética, peor era lo de pasarse la vida en cuclillas, cerca del calderete de la cola, dale que te le darás con el palito.

Podía tolerarse esto si no tuviera siempre á la vista al autor de sus días y de su aprendizaje... Porque, á estar solo, Juanito podía echar algún que otro pitillo, como hacía el otro aprendiz, el cual, con el mayor descaro, pedía al maestro la petaca y... ¡venga humo!.. y charlar de novias y aventuras y cuernos colorados, y traer al concurso con la boca abierta, celebrándole siempre las ocurrencias y picardiguélas... Hasta el maestro se reía como un bobo y exclamaba:

— ¡El demonio es este chico!

Juan melancólicamente suspiraba cada vez que sentía el aguijón de deseos aún no bien definidos.

— ¡Cuándo seré hombre y tendré novia!

III

¡Era hombre!

¡Tenía novia!

Considerábase feliz con poder lucirse delante de su madre echando humo por las narices, y más feliz aún con salir de casa por la noche masculando el último mendrugo, postre de la no muy suculenta cena, é irse á hablar con la novia, una madrileña corsetera, muy mona, muy chula, muy chata y muy... sin vergüenza.

Y paseando despacito, muy despacito por esta calle y la otra y la de más allá, transcurría la hora de amor como un soplo, en plática íntima, con dejos de romántica, con salsa picante, ligerezas de manos, candideces de novicios y fantasías de nabab.



*Napoli 6
Marzo 1882*

EL GOLFO DE NÁPOLES, dibujo de José María Marqués

Y después á casa, llena de humo amoroso la cabeza.

Y al día siguiente vuelta á repetir lo del día anterior.

El sueño de oro para Juan era el de ahorrar unos cuantos duros, no muchos, porque los pobres compran la felicidad muy barata, y casarse con aquella madrileña que le tenía sorbido completamente el seso, y vengán hijos y trabajar mucho y ser rico y feliz, ¡felicísimo!

IV

La patria vino á cortar el hilo en donde se ensartaban tantas ilusiones.

Arrancó á Juan Fernández del hogar paterno, le separó de los brazos de su amada y se lo llevó lejos, muy lejos, á luchar por la integridad del territorio español.

Al pronto, aquello le hizo á Juan honda mella; pero una vez en filas, vivió en su ánimo un gran deseo de luchar como luchan los héroes.

¡Quién sabe si llegaría á hacer una carrera en las armas! ¡Y entonces sí que realizaría por la posta su sueño dorado: el casarse con la mujer de sus amores.

Realizó la campaña portándose como un bravo.

Le dieron la licencia, y nada más.

Juan Fernández voló á sus lares: la familia le recibió con grandes muestras de júbilo, y en son de burla le contaron una gran tristeza.

La novia de Juan se había casado con el maestro de su obrador.

Juan juró vengarse de tamaña felonía y matar á la infame; lloró como un chiquillo, y se creyó el más desdichado de los hombres al ver caído el edificio de su felicidad.

A los veintitantos años no hay dolor que no se calme ni esperanza que no renazca.

El mozo pensó unir su suerte á la de otra mujer más digna que aquella primera que tan falsamente hubo de portarse con él.

Y cata á Juan Fernández casado, con hijos, manejando la garlopa, permitiéndose los lujos de fumar, leer la prensa, charlar de política, visitar la taberna, formar parte del comité republicano del distrito y lucirse y tener zambra y holgorio los días de solemnidad: todo cuanto constituía su anhelo en los días de su infancia.

Ahora tenía otros deseos.

El que su chiquitín llegase á hombre y fuera el amparo y el orgullo de su vejez, ya que su padre en vida no pasaba ni probablemente pasaría de ser un oficial de carpintero: uno de tantos: partícula de la gran hiedra humana siempre adherida al muro de la pobreza.

V

El hijo de Juan Fernández, dicho sea sin ánimo de agraviarle, no demostró ser un talento ni mucho menos: pareciése física y moralmente á su padre: fué á la escuela, y todas las notas que conquistó en ella no pasaron de «regular», nunca fué «sobresaliente.»

Pero Juan Fernández creía — ¡disculpable vanidad de padre! — que su hijo era un genio.

Esta creencia fué desvanecida cuando le preguntó:

— ¡Y tú, qué quieres ser en el mundo?

— Lo que usted, padre, replicó el chico con aire de gran satisfacción.

Al escuchar esto Juan, se vió á sí mismo en el salto retrospectivo que dió su imaginación: exactamente igual: un aprendiz de carpintero, que barría el taller, amontonaba las virutas y en cuclillas meneaba la cola, que despedía un vaho no muy agradable.

Y no obstante la decepción sufrida, Juan Fernández todavía esperaba.

¿El qué?

Que su hijo siguiera el mismo camino que él había seguido en su juventud...

El nieto!.. ¿Quién sabe?..

VI

El hijo no defraudó estas esperanzas de su padre.

Juan Fernández hoy día es un viejecito muy simpático, que juguetea con su nieto, un avisado mocoso que sin respeto á las canosas barbas de su abuelo, le pide con acento autoritario:



EMMA CALVÉ EN LA ÓPERA «CARMEN» (de fotografía de Reutlinger, de París)

— ¡Abelito haz el boiquito de Belén, pa que yo monte!

Y el abuelo, cayéndosele la baba de puro gozo, ejecuta el mandato y se come á besos á la criatura.

Y piensa en cosas estupendas que le hacen murmurar:

— ¡Si este muñeco fuera andando el tiempo un grande hombre!..

* *

Cuando alguien, sorprendido de ver siempre retratada la felicidad en el rostro de Juan Fernández, le pregunta cómo diablos se las arregla para estar constantemente alegre, el abuelo replica con misterio:

— Es que toda mi vida he tenido una gran riqueza.

— ¿Riqueza?

— Sí, la única que poseemos los pobres: la ilusión.

ALEJANDRO LARRUBIERA

EMMA CALVÉ

Emma Calvé ha nacido con buena estrella y ha llegado á ser en el mundo del arte un astro de primera magnitud, gracias á tres poderosos talismanes: un encanto personal irresistible, un talento no común

y... cierto misterioso cofrecito al cual atribuye maravillosa influencia la encantadora cantante.

Dejando á un lado los dos primeros, diremos algo del último. Consiste éste en una lindísima cajita de espuma de mar que contiene simplemente algunas belloritas mustias. La Calvé, supersticiosa en grado superlativo, no entra nunca en escena sin llevar consigo este para ella precioso objeto, y sabido es lo que

no hace mucho le ocurrió en Madrid, en donde le fué robado el cofrecito: cantaba aquella noche *Ca-valleria rusticana*, y al advertir la falta de la caja dióle un síncope. Algunos periódicos de la corte, á instancias de la artista, publicaron una especie de anuncio conjurando al ladrón á que devolviera el cofrecillo y autorizándole para quedarse con la cantidad, no pequeña, que contenía el saquito que en aquél estaba guardado. Así sucedió: la Calvé recuperó muy pronto lo que tanto aprecia y el ratero se reservó los billetes de Banco.

Emma Calvé, como queda probado, es supersticiosa en extremo, y lo es parte por su naturaleza, de un temperamento nervioso é impresionable, y parte por efecto de su primera educación. En su primera juventud fué educada muy religiosamente y llegó á pensar en encerrarse en un claustro, pero á los diez y ocho años pudo en ella más la afición al teatro. Debutó en Bruselas y en 1885 cantó en la Ópera Cómica de París; pero sus grandes triunfos han sido en estos últimos años, no sólo en la capital de Francia, sino en los principales coliseos del mundo, en la Scala de Milán, en el San Corso de Nápoles, en el Argentina de Florencia, en Covent-Garden, etcétera. En su reciente estancia en Inglaterra, la reina Victoria quiso oírle en su palacio de Windsor, y como recuerdo de admiración regalóle un magnífico broche de brillantes con la cifra real.

Actualmente tiene en América una contrata que le ha de producir medio millón de francos. Mas no se crea por esto que es ambiciosa ni interesada, como lo demuestra su proyecto que ha explicado á un periodista parisiense diciéndole:

— Voy á cantar allá abajo para mis hijos.

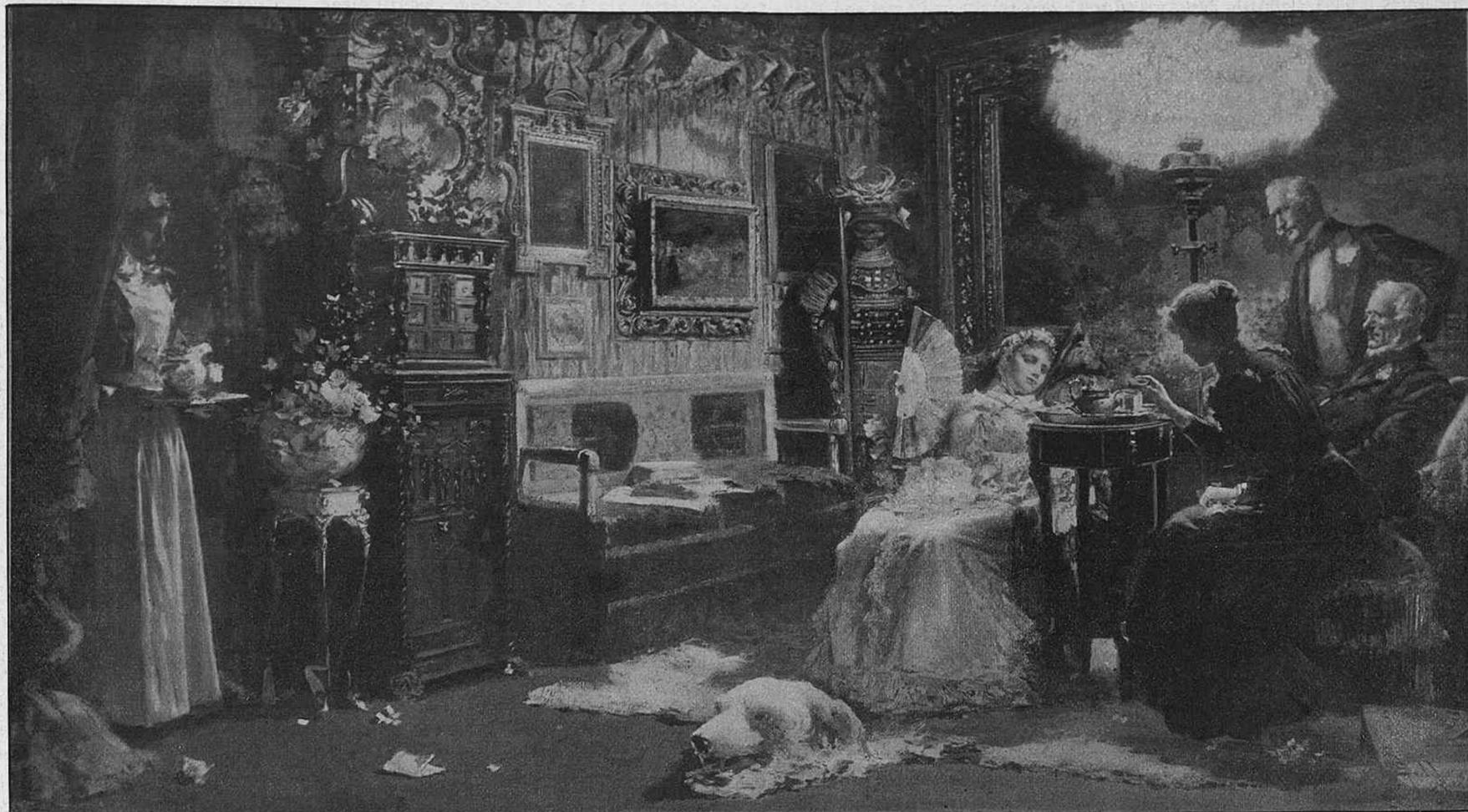
Sus hijos son los del «Asilo de huérfanos de las Artes.» Emma Calvé sueña con construir para ellos un asilo en una de sus propiedades del Aveyrón, en donde posee la quinta de Cabrières, pintorescamente situada en lo alto de una colina.

Allí, cerca de su país natal, es donde descansa de sus fatigas después de una temporada de triunfos;

allí quiere erigir el edificio en donde han de hallar asilo tantos niños desgraciados y sin más amparo que el que la caridad les proporciona. Pero la realización de sus proyectos exige mucho dinero: para ganarlo no vacila en abandonar temporalmente su París querido, y poniendo su talento al servicio de su corazón, acude á los americanos en demanda del óbolo que ha de permitirle llevar á cabo su hermosa obra. — N.

NUESTROS GRABADOS

El grabador Chodowiecki, cuadro de Pablo Meyerheim. — El famoso pintor alemán autor de este lienzo ha alcanzado gran renombre como pintor retratista, así por la verdad que en sus retratos imprime, como por el carácter decorativo que sabe darles, procurando que la figura aparezca acompañada de todo aquello que pueda dar idea de su modo de ser: tal sucede con el de Chodowiecki que reproducimos y en el cual el célebre grabador se muestra ante nosotros trabajando en su taller y rodeado de objetos é instrumentos que revelan el arte que aquél cultiva. En los retratos de mujeres, la tendencia decorativa de Meyerheim se manifiesta generalmente poniendo á la retratada en medio de un jardín cuyos encantos avaloran los del elemento principal del cuadro. En otro género ha conseguido también Meyerheim lauros sin cuento, en la pintura de animales: Pocos le igualan en la magistral reproducción de cuadrumanos, pájaros y otros representantes del reino geológico, y nadie le aventaja en lo que podríamos llamar cuadros cómicos de esta especie: sus lienzos *El tribunal de los monos* y *El mundo al revés* son dos joyas llenas de vis cómica. Su Alfabeto ilustrado es una colección de dibujos tan notable como interesante.



La convaleciente, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo (premiado en la Exposición de Bellas Artes de Venecia de 1895)

El golfo de Nápoles, cuadro de José M.^o Marqués. - Recuerdo de su última excursión artística por Italia es el bonito dibujo que publicamos, tan recomendable como todos los cuadros que á su regreso expuso José M.^o Marqués como resultado de su viaje por Europa. Entonces y en otras ocasiones hicimos notar las cualidades que posee este pintor, cuyas obras se avaloran por cierta vaguedad que les presta poético encanto y acreditan la excelencia de su paleta y sus prendas de buen colorista.

Y téngase en cuenta que Marqués no cultiva solamente el paisaje, en el que ha logrado notoriedad, ya que en la pintura de género ha producido obras de mérito en las que se demuestra por completo el sentimiento artístico que rebosa en su alma.

La convaleciente.-Contrato de matrimonio, cuadros de Salvador Sánchez Barbudo. - No es

Sánchez Barbudo únicamente el felicísimo autor de esas bellas composiciones que tan magistralmente retratan las aparatosas ceremonias palatinas de la época de los Felipes; es asimismo el inspirado artista, de cuya brillante paleta brotan la admirable gama que en el lienzo resuelve dificultades de tonalidad, como en su gran cuadro *Hamlet*; que reproduce concienzudamente escenas de otros tiempos, cual acontece en *El contrato de matrimonio*; representa cuadros de la sociedad en que vivimos, reales y bien observados, como lo es, sin ninguna clase de duda, *La convaleciente*, galana muestra de la moderna pintura de género.

Nuestros lectores han podido admirar, con nosotros, algunas de las magistrales composiciones de nuestro distinguido compatriota, de quien próximamente daremos á conocer otras obras no menos importantes. Interin nos complacemos en rendir á tan distinguido artista muestra de la consideración que nos merece, ya que á ella tiene derecho quien ha sabido honrar á su patria

y enaltecerla con la valía de sus producciones y el esfuerzo de su ingenio.

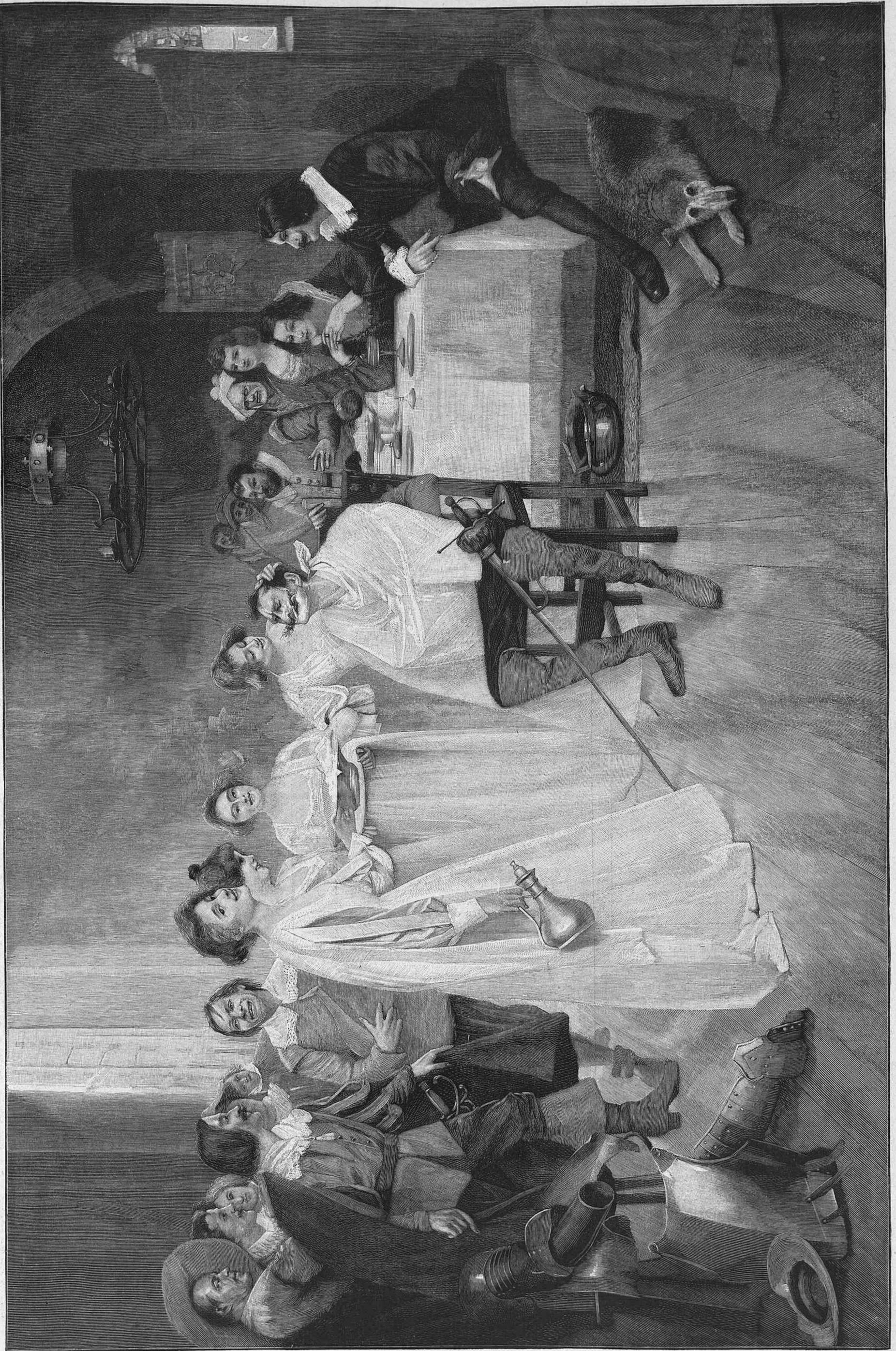
El descanso, cuadro de V. Caprile. - Al amanecer salió de su casa y encaminóse al monte en busca de leña y ramaje, y después de una penosa jornada, regresa á su hogar pisando con pies desnudos pedregosas sendas y andando por vericuetos en cuyo trazado para nada ha intervenido la mano del hombre, hasta que rendida por su larga caminata y por el peso de la carga, superior á sus fuerzas, se ve obligada á buscar descanso haciendo alto en su camino y apoyándose en la roca que á un lado de éste se alza. En esta situación nos presenta á la pobre muchacha el celebrado pintor italiano Caprile, cuyo talento artístico se revela en la expresión de cansancio que se advierte en el rostro y en la actitud de la joven aldeana y en el contraste entre las líneas de ésta y la superficie lisa del peñasco, cuya crudeza sólo interrumpe el haz de floridas ramas que



Contrato de matrimonio, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo



DESCANSO, cuadro de V. Caprile



DON QUIJOTE EN EL PALACIO DE LOS DUQUES, cuadro de L. Barrau

forma a un lado un fondo poético sobre el cual destaca la interesante figura.

Jarrón decorativo, obra del escultor Torcuato Tasso.—Es tan íntimo el consorcio que existe entre el arte y la industria y es tal la influencia que ejerce aquélla entre las manifestaciones industriales, que no cabe suponer la existencia de la segunda sin el dominio del primero. Las exigencias ineludibles de la forma, los elementos decorativos razonados que sólo el arte puede aportar, dan vida a la producción, embellecen la obra, que trueca la vulgaridad de su estructura para convertirse en objeto de admiración. Así tiene explicación la comunidad de relaciones que ha existido entre los artistas y artífices de todas las épocas, algunas veces tan íntimas que han llegado a confundirse uno en otro, cual acontece singularmente en los orfebres de los siglos XV y XVI.

Hoy los artistas no se desdientan de aportar su valioso concurso a la industria suntuaria, y en nuestro país, al igual de lo que acontece en la vecina república, ejecutan los escultores preciosos modelos que después se convierten en valiosas piezas de plata.

El discreto escultor D. Torcuato Tasso ofrece testimonio



JARRÓN DECORATIVO, obra del escultor Torcuato Tasso

de la exactitud de nuestras indicaciones, por medio del bonito jarrón decorativo, propio para ser ejecutado en plata é inspirado en los que modelaron en el pasado siglo los Germain y Meissonier.

Monumento al almirante Korniloff, obra de Schröder.—El gobierno ruso, queriendo rendir un digno tributo a la memoria de Korniloff, uno de los héroes de la defensa de Sebastopol, le ha erigido el monumento en bronce que reproducimos. Alzase éste en el baluarte Malakoff, en el sitio mismo en que fué herido de muerte el ilustre almirante, y en él se ve la estatua del insigne marino en el momento en que es alcanzado por un proyectil que ha penetrado por la brecha. Korniloff se apoya en una piedra; le faltan las fuerzas y siente que su fin se acerca; mas no por esto decae su ánimo, y con la mano derecha señala a la ciudad y sus entreabiertos labios parecen pronunciar una de las últimas frases que dijo, la que está esculpida en el zócalo del monumento: «¡Defended Sebastopol!» A la izquierda del almirante, a los pies de éste, hay la figura de uno de los puntadores de la batería, el contramaestre Koschka, que por su sangre fría y destreza hizo célebre su nombre, que ha llegado a ser legendario. El proyecto del monumento es debido al general A. de Bilderling, segundo jefe de estado mayor general, y la ejecución artística del mismo ha sido confiada al escultor Schröder, miembro de la Academia Imperial de San Petersburgo.

D. Quijote en el palacio de los duques, cuadro de L. Barrau.—Pocos libros como el de Cervantes habrán dado tanta materia a los artistas para lucir su ingenio, su imaginación y sus talentos técnicos. Los más famosos pintores y dibujantes españoles y extranjeros han buscado inspiración en esa obra sin par, y el pincel y el lápiz han eternizado gráficamente en cuadros y estampas la historia toda del caballero de

la *Triste Figura*. Nuestro paisano el distinguido pintor señor Barrau, al acometer un género distinto del á que preferentemente se dedica, ha querido rendir tributo al genio del inmortal autor, trasladando al lienzo un pasaje del *Quijote*, y ha demostrado con su cuadro que si como pocos reproduce el natural que sus ojos ven, como pocos también se identifica con los personajes y las situaciones por otro inventados. Para convencerse de ello, léase el trozo del capítulo XXXII de la segunda parte de aquel libro, y se verá cuán magistralmente ha interpretado el artista la escena con tanta gracia descrita por Cervantes. El Sr. Barrau ha conseguido un nuevo y brillante triunfo con esta pintura, que ha adquirido el inteligente aficionado de esta ciudad D. Pablo Casades.

D. Manuel Monedero y Romero.—El personaje cuyo retrato publicamos, hoy una de las figuras más estimadas y populares de la República del Salvador, es oriundo de España. En la guerra del Salvador contra Guatemala (1890) fué mayor general; en 1894 organizó las fuerzas del 24 de abril, y en la actualidad tiene a su cargo la reorganización de las milicias salvadoreñas.

El cardenal arzobispo de Sevilla Sr. Sanz y Forés—A la edad de 67 años falleció el día 1.º de este mes en Madrid el ilustre prelado cuyo retrato publicamos. D. Benito Sanz y Forés, hijo de noble familia de Gandía, de tal suerte se distinguió en sus estudios eclesiásticos, que apenas terminada su carrera y cuando sólo contaba 22 años, fué nombrado catedrático de Instituciones canónicas, ocupando en 1852 la cátedra de Decretales y en 1855 el vicerrectorado del Seminario. Dejó este cargo para ocupar la canonjía lectoral de Tortosa, y en 1868 fué preconizado obispo de Oviedo; en 1882 pasó a desempeñar el arzobispado de Valladolid, siendo trasladado a la archidiócesis de Sevilla en 1890 y elevado a cardenal en 1893. Sus excepcionales condiciones de orador sagrado le conquistaron general renombre y el nombramiento de predicador de la Real Capilla; su sabiduría en ciencias eclesiásticas le valió la secretaría de las conferencias en el Concilio Vaticano. Como obispo de Toledo llevó a cabo la grandiosa obra de levantar una magnífica basílica en el histórico lugar que fué cuna de la Reconquista.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BERLÍN.—Después de la clausura de la gran Exposición de Bellas Artes, los Salones de Schulte y de Gurlitt han inaugurado sus acostumbradas exposiciones otoñales. En el primero, además de varias obras de artistas alemanes hay expuestos algunos paisajes de Cazin y Villotte y una colección de pasteles notabilísimos de Cagniat que reproducen de una manera original y notable escenas y vistas de París. En el segundo se exponen obras maestras de Bocklin, Thoma, Leibl, Lehnbach, Uhde, Liebermann, Piglhein, Israels y otros no menos célebres pintores, algunos dibujos de Menzel y una serie de característicos trabajos, en los que se rinde culto a las más modernas tendencias y entre los que sobresalen tres hermosos paisajes de Ury, admirables por sus tonos vigorosos.

Teatros.—En el teatro de la Corte, de Munich, se ha representado con gran éxito una traducción de G. Fischbach de la comedia de Moliere *Las preciosas ridículas*.

París.—Se han estrenado con buen éxito: en Nouveautés *Les complices*, comedia de costumbres parisienses algo libres, de Donnay y Grosclaude; en la Porte Saint Martin, *Messire Du Guesclin*, drama histórico en cinco cuadros y en verso de Pablo Deroudele, de cuyo protagonista ha hecho una creación el eminente actor Coquelin; en el Odeón *Luis XVII*, obra de carácter irónico que sus autores, Ginisty y Samsón, califican de enigma histórico; y en la Renaissance *Amants*, bellísima comedia en cuatro actos de Mauricio Donnay.

Madrid.—En el Real han cantado con gran aplauso *Los Hugonotes* la Darclée y Marconi y *Mefistófeles* la Corsi y Garulli. Se han estrenado con buen éxito: en Lara *Primera medalla*, gracioso juguete en un acto de Jackson Veyán; en Martín *Las piezas de convicción*, bonita zarzuela en un acto, letra de Jiménez Prieto y música de Vidal Llimona y San José; en la Comedia *Juan José*, drama en tres actos y en prosa de Joaquín Dicenta, y en Eslava *El señor corregidor*, zarzuela en un acto de Fiacro Irayzoz, música de Chapí. En la Princesa Sara Bernhardt ha dado una serie de representaciones que han obtenido un éxito extraordinario.

Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito: en Romea *Lo títel*, drama en tres actos y en verso de Francisco J. Godó, y en el Eldorado *El cabo primero*, zarzuela en un acto de Arniches y Lucio, música de Caballero. En el teatro Principal ha dado una nueva serie de conciertos la Capilla Nacional rusa del señor Slaviansky D' Agrenoff con mayor éxito si cabe que en las series anteriores.

Necrología.

Han fallecido: D. José Marco, notable escritor español, autor dramático muy aplaudido y director de la importante revista *Pro patria* que se publica en Madrid.

Mariano Pina y Domínguez, aplaudido autor dramático.

SPORT

CARRERAS DE CABALLOS EN MADRID.—ECOS TAURINOS.
UN HUÉSPED ILUSTRE.

No arredró a las aristocráticas damas de la villa y corte el intenso frío que reinaba en el hipódromo madrileño el día 31 del pasado. Las tribunas, el *stand* y la *peluse* se vieron invadidos por distinguida concurrencia, en la cual dominaba alguna expectación, dadas las acreditadas cuadras que figuraban inscritas.

Los resultados de las carreras confirmaron las fundadas esperanzas de los inteligentes, quienes desde luego aseguraban legítimos éxitos a los caballos del marqués de Villamejor.

Para este ilustre *sportman* fueron los triunfos de su primera y quinta carrera, esta última de «vallas», en la cual el vencedor «Padlok», uno de los *leaders* de aquella acreditada cuadra, hizo una carrera lucida, invirtiendo sólo 2^m 52^s en un recorrido de 2.400 metros.

Garvey y el conde de Mejorada, dos distinguidas entidades en el mundo del *sport*, también obtuvieron mercedos premios en la cuarta y tercera carrera respectivamente. El desfile, como todos los que se efectúan en nuestra corte, brillantísimo.

Las últimas carreras verificadas el 3 del actual fueron tan animadas como las anteriores, si bien con una nota final que no constaba en el programa. El triunfo de la fiesta correspondió a la cuadra de Villamejor, quien aparte de la carrera militar, cuyos premios obtuvieron los Sres. Monche y Romero, mereció la adjudicación de los restantes de las series. En la última, «Rob-Roy», de la citada cuadra, al intentar saltar el río durante la carrera de vallas, cayó en él sin más consecuencias para caballo y jockey que un soberano remojón.



D. MANUEL MONEDERO Y ROMERO,
general de la República del Salvador (de fotografía)

Ya ha terminado en esta capital, según rezan los carteles, la temporada taurina, y por cierto que en la función de *clausura* debieron contraer los aficionados sensibles alguna afección nerviosa, dadas las peligrosas peripecias de que estuvo sembrada la lidia del ganado sevillano. Aquí se nos presentaron precedidos de ruidosa fama dos nacientes *etoiles* del toreo, que en cuanto pusieron a disposición del criterio público la calidad de sus trabajos, resultaron verdaderas estrellas... de cola, y desgraciadamente para ellos de rápido paso en este planeta, como si no bregando como en su *debut* hicieron. Arte, inteligencia, conocimiento de toros, serenidad, todo eso es letra muerta para estos caballeros matadores: escudados con un valor y arrojo rayanos ya en br...iosidad supina, se van a la res de cabeza, descubriéndose y saliendo casi siempre enganchados, como aquí les vimos. ¡A esto ha venido a parar el decadente y desdichado arte de Costillares y Montes!



El cardenal arzobispo de Sevilla D. BENITO SANZ Y FORÉS,
fallecido en Madrid en 1.º del corriente (de fotografía)

Estos días ha dejado caer el ancla en nuestro puerto, amarrándose a la escollera de Levante, el hermoso *steam-yacht* «Nixe», que conducía a bordo a S. A. el archiduque de Austria Luis Salvador. El egregio turista regresa de una encantadora excursión por las costas de Francia, Italia y las que baña el Adriático, recorriendo cuantos puertos, calas y fondeaderos existen en aquellas zonas marítimas. Una de las primeras visitas que hizo el archiduque fué a Mosen Jacinto Verdager, por quien siente verdadera admiración.

El Sr. de Valldemosa, como le llaman en Mallorca, donde reside, es persona ilustradísima y de un exquisito trato, que hace tenga arraigadas simpatías en aquel archipiélago.

E. FONT VALENCIA



ABANDONADA

NOVELA DE ENRIQUE GREVILLE. — ILUSTRACIONES DE SALVADOR AZPIAZU

(CONTINUACIÓN)

Vosotras, madres, habéis conocido todas esas alegrías que produce el ver á vuestros hijos comer con apetito al principiar la convalecencia. Las sopas de caldo en que se desmenuza una pechuga de gallina; los huevos pasados por agua, blancos, frescos, apetitosos; los ojos del niño que brillan, las manos que avanzan con impaciencia, todo eso es imposible olvidarlo, y no hay alegría tan pura en esta vida.

Y si el médico no permite que el niño coma todavía, ahí están las tazas de caldo sustancioso, el vino rancio algo aguado y esas mil bebidas que las madres cariñosas saben arreglar para sus hijos.

Y entretanto el estómago del enfermito, apenas satisfecho, se preocupa ya de la siguiente comida.

— ¡Ah, golosilla!, dice la madre.

Pero la boca que sonríe, los ojos enternecidos, desmienten el epíteto de los labios. Y el niño ríe, y con su mirada y con su ademán llama al beso que se posa en su frente de ángel.

La señorita Herminia conoció todas esas alegrías y muchas otras. Su corazón henchido de reconocimiento se desahogó en largas oraciones, y por primera vez en su vida le pareció que las fórmulas de su devocionario no bastaban para traducir la efusión de su alma, el reconocimiento inmenso que sentía hacia la Providencia.

Marcela se levantó al cabo. Llegó un día, un hermoso día de otoño en que el aire embalsamado por las emanaciones del jardín pudo penetrar libremente por la abierta ventana, en cuyo fondo se veía el azul luminoso de la inmensa bóveda, y aquella atmósfera templada y aquella claridad excelsa bañó las sienes de la enfermita en que se dibujaban las azules venas, sus grandes ojos pardos que se cerraban á veces deslumbrados por la claridad demasiado viva, y sus labios un poco pálidos, pero que empezaban ya á teñirse de carmín. Marcela anduvo por la habitación apoyándose en los muebles, pero no queriendo

que la sostuvieran, en tanto que la buena señora la seguía inquieta, con los brazos extendidos para sostenerla si era preciso, y orgullosa de asistir á la resurrección de aquella niña, de la que no era madre, y que, sin embargo, le debía la vida.

Un día, cuando empezaba el invierno y los árboles estaban ya despojados de su verde pompa, la señora Favrot y su hija fueron á visitar á Marcela, que no cesaba de nombrarlas. El corazón de la niña había olvidado las heridas y sólo se acordaba de los beneficios.

Las dos mujeres quedaron algo sorprendidas al ver á la huérfana. Muy alta para su edad, pareciéndolo más todavía por la delgadez de sus facciones y de su cuerpo demacrado, vestida con una bata de franela azul enteramente lisa, pero de un corte elegante y de un gusto perfecto, Marcela en nada se parecía á la niña que lavaba los suelos de la cocina en la herboristería del *square* Montholon. La distin-

ción que heredara de su madre reaparecía en ella en aquel ambiente más adecuado á su naturaleza. Las manos coloradas, pero muy finas, la suave piel de la convaleciente, el aspecto delicado que tenía, todo eso admiraba á las tenderas, y sentían una especie de temor recordando la manera brutal como últimamente trataron á la niña perdida. Por primera vez la madre de Luisa pensó que en lugar de pertenecer á la clase obrera, como lo imaginara advirtiendo la mezquina sencillez de los vestidos de María Monfort, Marcela quizá descendía de una familia distinguida.

El descontento que contra sí misma sentía desde el instante en que se fugó la niña, estalló con estas palabras:

— Comprendo, dijo después de los primeros besos, que preferas quedarte aquí; aquí te mimarán y no será preciso que trabajes; en tanto que en casa tenías que trabajar.

Asomó una lágrima á los ojos de Marcela, que no esperaba aquellas palabras amargas de su primera bienhechora, y lanzó una mirada de angustia hacia la puerta por donde acababa de salir la señorita Herminia, que con exquisita delicadeza no había querido asistir á aquella conversación.

— ¿Por qué me dice usted esto?, preguntó con un gesto de súplica. Bien sabe usted, señora, que la he querido siempre y que la amo de todo corazón.

La herborista calló, pues como todas las personas que tienen mal carácter, las verdades desnudas eran las que más la herían. En otra forma hubiese reconocido su culpa; pero de aquella manera, poniéndola en contradicción consigo misma y demostrándole que sus palabras amargas eran la expresión de su corazón, mezquino, era cosa que no podía soportar.

— En fin, dijo, con un gesto que daba á entender que no se la convencería de lo contrario; estabas ya cansada de nosotros y has encontrado otros protectores; ¡mejor para ti! Procura conservarlos mucho tiempo y no te portes con ellos como con nosotros, pues esto se hace una sola vez.

Marcela inclinó la cabeza. Su inteligencia de niña, siquiera comprendiera la razón, no le daba argumento para luchar contra aquellos que dictaba la mala fe.

Luisa quiso á su vez reprochar también á la niña.

— Llevas un hermoso vestido, dijo. Sin duda te mandarán al colegio.

— No, respondió la niña; pues la señorita Herminia me quiere á su lado, y cuando ya esté robusta empezaré á trabajar.

— ¿Aprenderás á tocar el piano?, preguntó Luisa, para la cual eso del piano era una aspiración siempre soñada y nunca realizada.

— No sé; eso ha de disponerlo la señorita Herminia. ¡A mí sí que me gustaría!.

— Efectivamente, eso es mucho más agradable que lavar los platos, pero es menos útil. Sin embargo, es de creer que tu protectora te dotará, pues si no, te verías apurada para ganarte la vida. Procura sobre todo ser más dócil que lo eras en casa, pues si tuvieses que marcharte de aquí, perderías más de lo que crees. No se encuentran así como así personas que recojan á las niñas que llaman á la puerta durante la noche. Eso sólo sucede una vez.

— Me está usted afligiendo, Luisa, contestó Marcela, y sin embargo, crea usted que la quiero mucho. La señora Favrot se levantó.

— ¡Adiós!, dijo; no creo que tengas tiempo de venir á vernos, y nosotras no volveremos aquí.

— ¿Por qué?, preguntó ingenuamente Marcela.

— Porque no quiero. He dado ya á la señorita Herminia los documentos que guardaba para ti. No sabrás mucho leyéndolos; pero, puesto que es cuanto posees, preciso es que los conserves. En cuanto á tus vestidos, como no creo que los necesites, pues ya tienes otros, los daré á una mendiga...

Marcela sintió que esa última palabra penetraba en su corazón como un cuchillo.

— ¡Adiós!, dijo Luisa con su voz chillona; diviértete mucho, hija mía...

Las dos se inclinaron hacia la niña besándola como con desvío. Aquel beso forzado causó á Marcela la impresión de un ultraje, y cuando estuvo sola, pasó lentamente su manga por la mejilla para borrar su huella.

— ¡Y bien!, dijo la señorita Herminia, que entró en la habitación después de acompañar á las tenderas y de rogarles afectuosamente que volvieran por allí.

— ¡Usted es la única persona que me quiere!, exclamó Marcela abrazándose á su cuello y derramando abundantes lágrimas.

Cuando Rosa, tiesa como un huso, hubo cerrado la puerta del chalet, las dos mujeres se volvieron para contemplar la casa cuya planta baja desaparecía detrás de los muros y cuyas habitaciones superiores, con sus blancas cortinas y sus persianas, ofrecían un aspecto de bienestar.

— ¡Hay personas afortunadas!, dijo secamente Luisa.

— ¡Ingrata!, exclamó la herborista, buscando su pañuelo, ¡ingrata! ¡Esto es no tener corazón!

Y en tanto que su hija hacía parar el ómnibus, la tendera derramó algunas lágrimas.

Y ya no volvieron á parecer por la casa de Passy.

XVIII

Marcela mejoraba rápidamente y salía cada día. Por la mañana, provista de un cesto, acompañaba á Rosa á la compra, en tanto que la buena señora, que se levantaba tarde, se arreglaba en su tocador. Después de mediodía la solterona daba una vuelta por el bosque de Bolonia mientras duraba el sol, y luego volvía á casa, sentándose un rato ante las alegres llamas de la chimenea en esa semiobscuridad que es tan agradable después de un paseo al aire libre y hasta la hora de comer. Terminada la comida, llegaba el momento favorito de Marcela, la hora de la labor á la luz de la lámpara, el trabajo bendito que impide fastidiarse y que puebla el pensamiento de multitud de ideas y apariciones.

Para la niña que jamás ha oído hablar de historia, la primera lección de ella le produce un verdadero encanto que anhela renovar. Los cuentos de hadas no son más atractivos que el relato de los esplendores de Egipto; los libros de caballería, los gigantes más heroicos de los cuentos, no son tan admirables como los defensores de las Termópilas ó como aquel puñado de griegos que sitió Troya. Si los niños rehusan instruirse, es que se les presenta la instrucción bajo su aspecto aburrido, como un deber y no como una distracción.

Por lo contrario, aquellos que han explicado la historia de un modo anecdótico, al mismo tiempo que han logrado hacerla agradable, han alcanzado hasta cierto punto un resultado práctico, desflorando la parte árida de la ciencia y haciendo penetrar sus primeras nociones en la mente de los niños, que recuerdan siempre las impresiones que se graban en su cerebro virgen.

Marcela tenía la dicha inmensa de ignorarlo todo; así es que las lecciones de la señorita Herminia le parecieron deliciosas, y exceptuando la aritmética, por la cual no sentía inclinación ninguna, estudió todo lo demás con verdadera pasión. También lo hubiera hecho aun no siendo de su agrado, aunque no fuera más que por amor y reconocimiento hacia su protectora; pero no tuvo necesidad de apelar á ese sentimiento generoso: el trabajo en sí mismo constituía una fiesta para ella y lo consideraba como una recompensa.

Por lo que hace á la solterona, jamás la lectura de sus novelas le habían producido tanta satisfacción. Como Marcela no sabía leer muy bien al principio, tomó la costumbre de explicarle las lecciones; pero para ello era necesario saber perfectamente de lo que se trataba, y la buena señora no sabía muchas veces cómo contestar á las preguntas y objeciones de la niña.

— ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Qué había hecho? ¿Y qué hizo después?

Los libros de historia elemental no explican todo aquello, y fué preciso consultar obras más extensas.

La señora del gabinete de lectura no tenía lo que necesitaba la señorita Beurenem, pues exceptuando su colección de novelas, no poseía sino algunos libros de texto, antiguos ya y poco instructivos.

Un día un carrito de mano llevó á la casa de Passy una enorme balumba de diccionarios, libros y atlas. El gabinete del chalet se adornó bien pronto con vitrinas en cuyos estantes se alinearon tomos y más tomos.

El invierno fué delicioso para las dos amigas. La estufa del comedor, con su tubo de barro vidriado de color verde y su capitel corintio, templaba magníficamente la habitación embaldosada con losanges de mármol negro y blanco, tapados por espesos felpudos para calentar los pies. Una hermosa lámpara con globo de cristal glaseado daba una luz tamizada y agradable. En la cocina sonaban los mil ruidos que armaba Rosa limpiando las cacerolas de cobre y los platos, mientras Marcela escuchaba los relatos de la señorita Herminia y luego las explicaciones geográficas y tantas otras cosas de que no tenía la menor idea...

De repente al ruido de las cacerolas seguía el crujido de la escoba y un olor á jabón negro penetraba á través de las puertas cerradas.

— Aprisa, señorita, dígame todavía algo más, exclamaba Marcela con voz suplicante.

Pero en el momento más interesante de la explicación, Rosa abría la puerta, que volvía á cerrar sin ruido, y enderezando su talle de granadero, decía con voz sonora:

— Vamos, Marcela, vamos á acostarnos.

— Espera un momento, Rosa; decía la solterona, que no podía avenirse con la idea de acortar su relato.

La sirvienta esperaba de pie, junto á la puerta, con los brazos siempre cruzados y mirando con rostro severo á la institutriz y á la niña. La señora, que sentía la mirada de Rosa, decía á veces:

— ¡Ea, márchate! Yo misma acostaré á Marcela.

Entonces Rosa con su voz hombruna, pero respetuosa, contestaba invariablemente:

— Bien sabe usted que no puede ser. Si dejase



Por la mañana, provista de un cesto, acompañaba á Rosa á la compra

aquí á Marcela, ni á las once estaría acostada, y mañana no podría levantarse temprano. Vamos, Marcela.

La niña se levantaba de mala gana, cerraba los libros y cuadernos con lentitud mirando al soslayo á la terrible Rosa, con la esperanza de hacerla esperar; pero era trabajo inútil. Rosa permanecía de pie junto á la puerta, fija la mirada, haciendo gala de una paciencia inalterable y de una invencible firmeza.

No había más remedio que obedecer. Marcela daba un beso á la solterona, lanzando un suspiro, y seguía á Rosa como si una sombra pequeña fuera en pos de un cuerpo majestuoso.

Subían ambas la escalera, una con paso pesado como el del *convivido de piedra* en el *Don Juan*, y la otra como una sílfide, ligera y graciosa, y entraban en el dormitorio, tapizado de papel claro de fondo gris y flores menudas. Esas flores habían palidecido por la acción del tiempo, las hojas de verdes se convirtieron en azules; pero todo respiraba tanta limpieza y frescura, que era imposible no estar contento en aquel nido. La cama y la ventana estaban adornadas con cortinas blancas con franjas de algodón, terminando en un fleco de borlas como ya no se ven en ninguna parte; esas cortinas eran siempre blancas como la nieve, porque pasaban á menudo por las expertas manos de la señora Jalín, y daban á la habitación el aspecto de esas porcelanas antiguas, tan delicadas como frágiles.

Marcela se desnudaba poco á poco y doblaba cuidadosamente sus ropas, y escalaba después la alta cama, ayudada por la forzuda mano de Rosa. Muchas veces al encaramarse, se enredaba los pies con la camisa de noche y caía de bruces tropezando con sus naricillas, lo que excitaba su encantadora risa. Levantábase con viveza, alisaba su pelo pasando por él sus manos y después poco á poco se deslizaba entre las frescas sábanas, de donde su carita rosada emergía en seguida para dar las buenas noches á la vieja criada y soltarle un sonoro beso sobre su mejilla rugosa.

Una noche muy fría, porque el dormitorio no tenía estufa, al meterse en cama Marcela, que exageraba riendo los escalofríos, lanzó una exclamación de sorpresa y alegría.

— ¡Me ha calentado usted la cama! ¡Que buena es usted!

— Bien, bien, gruñó Rosa; no tenía usted necesidad de decirlo tan alto; si la señorita se entera, me ríe.

No lo creía así Marcela, que, incapaz de ocultar nada a su protectora, al levantarse el día siguiente, lo primero que hizo fué revelar el gran secreto, que hizo mucha gracia a aquélla.

— ¡Qué pícaro es esta Rosa!, dijo con alegre malicia; no quiere que yo lo sepa, porque siempre me riñe cuando te mimo, y ella te mimaba ahora más que yo. Ya sabe que me burlaría de ella. Pero no diremos nada, ¿verdad, Marcela?, pues le causaría pena. Guárdame el secreto.

Y desde entonces, siempre que Rosa adoptaba un tono severo cuando oía mimar a Marcela, ésta y la solterona cambiaban miradas de mutua y maliciosa inteligencia.

XIX

Así transcurrió el invierno. Marcela, alegre como un pajarillo, iba y venía por la casa, corriendo a saltitos, revoloteando casi, tan vivos y ligeros eran sus movimientos.

Cuando llegó la primavera, ya fué otra cosa. El césped que empezaba a cubrir la tierra, las lilas que se llenaban de botones en cuyo interior había un diminuto racimo, según pudo observar la niña un día en que arrancó uno y quiso ver lo que contenía, las belloritas «madres de familia» que ostentaban tan graciosamente sobre la hierba sus grupos de blancas florecillas orladas con una pequeña línea rosada, toda esta fiesta de abril fué una revelación para Marcela.

Nunca se había imaginado que el cielo fuera tan azul y tan inmenso; las blancas nubes que rápidamente corrían por encima de los árboles del jardín, parecían grandes pájaros que apresuradamente se dirigían hacia tierras extrañas, aquellas tierras que ella había visto en su geografía y acerca de las cuales le había referido la señorita Herminia cosas tan extraordinarias. Algunas veces, en lo mejor de sus juegos, deteníase en una alameda y acostándose sobre la arena miraba el firmamento para contemplar cómo los ligeros cirrus flotaban lentamente por el espacio. Entonces pensaba en su padre, é imaginándose que tal vez aquellas nubes iban a verle, encargábales que le llevaran todos los pensamientos, todo el amor de su hijita; pero ya no expresaba estos sentimientos con desesperada queja como en otro tiempo, sino con la emoción profunda que en ella despertaban la alegría y la gratitud.

— ¡Oh, papá, si pudieras ver cuán dichosa soy!

Un día en que en esta extraña postura había meditado tan largo rato que la cabeza parecía darle vueltas y veía sobre la amarillenta arena manchas negras, fué a encontrar a su amiga.

— Señorita Herminia, le dijo, ¿papá se marchó a América, no es verdad?

— Sí, respondióle la solterona algo sorprendida, por lo menos así lo suponemos. ¿Quién te lo ha dicho?

— Nadie, pero de pronto me he acordado de ello. Estaba pensando mientras contemplaba las nubes, y de repente he recordado que hablaba de América con mamá.

La señorita Herminia sintió como una punzada en el corazón. ¿Qué sería su vida si el padre venía a reclamar a su hija? A pesar de ello, atenta ante todo a su deber, preguntó sin vacilar:

— ¿Te acuerdas de la población adonde quería ir?

Marcela se quedó un rato pensativa, como rebuscando algo en su memoria que había estado sometida a tan singulares sueños cuyo despertar no había sido menos extraño.

— No, dijo al fin, no creo que citara ninguna.

Desde aquella conversación, la señorita Herminia sorprendió a menudo a Marcela inclinada sobre un mapa, estudiando los nombres de las ciudades y de los ríos é interrogando su memoria cual si tratara de anudar el hilo de algo que se había interrumpido. La niña, en cuanto veía a su amiga, sonreíase y apartaba de su lado el mapa para hablar con ella de otras cosas; pero la solterona no tardó en comprender que la preocupación del padre ausente no dejaba nunca por mucho tiempo a la criatura abandonada.

— ¡Tiene un alma tierna y una memoria fiel! ¡Cuánto habrá de sufrir!, pensaba la excelente señora, dando un suspiro de compasión.

Un día de mayo, la señorita Herminia arreglaba sus cajones, y Marcela, como recompensa a un comportamiento ejemplar, había obtenido permiso para ayudarla en esa tarea.

¿Hay nada más delicioso que arreglar cajones? Las cintas cuidadosamente dobladas, las docenas de pañuelos atadas con cintitas de seda, los saquitos perfumados, y sobre todo las cajas, las misteriosas cajas de todas formas y de todos colores, tan interesantes por fuera y mil veces más interesantes por dentro si

su dueño quisiera — que no siempre quiere — abrirlas para mostraros su contenido; todo esto despierta en el espíritu de los niños esa afición a lo romántico, tan intensa en el hombre, que las más de las veces dramatiza su propia existencia y se compadece de sus propias desdichas y se exalta en el análisis de sus méritos, hasta el punto de perder la noción de las proporciones de todas las cosas y de creerse el centro de la creación.

— ¿Qué hay dentro de esto?, ¿y dentro de estotro?

— Es preciso no ser indiscreta, Marcela; no tengo inconveniente en decírtelo, pero no está bien que lo preguntes.

La niña bajó la cabeza y pidió perdón confusa y en voz baja. Luego alzó de nuevo los ojos, y al ver una caja larga, de cartón, bordeada de papel verde, exclamó:

— ¡Esta sí que la conozco! Aquí dentro ponía la señora Favrot todos mis papeles que procedían de mi mamá.

— Es verdad, dijo la señorita Herminia pensativa: esta caja te pertenece. Como eres aún demasiado pequeña no examinaremos lo que contiene; pero si me sucediera alguna desgracia...

Marcela al oír hablar así fijó en ella una mirada de asombro.

— Sí, monina, si me sucediera alguna desgracia, dirás a Rosa ó a cualquiera otra persona que te la entregue.

La señorita Herminia vacilaba buscando un medio de poner al abrigo de manos indiferentes aquel tesoro, el único patrimonio de la niña perdida. Al fin tomó una pluma y en grandes caracteres escribió sobre el cartón de la caja: *Esto pertenece a Marcela Montfort.*

— ¿Ves? Tu nombre está puesto aquí encima; así podrás reclamarla.

Marcela permanecía grave y silenciosa junto al cajón abierto.

— ¿Una desgracia, señorita Herminia? ¿Y qué desgracia puede sucederle a usted?

— Puedo morir, respondió la solterona dulcemente; mas espero que no sucederá esto antes de que tú seas ya una joven en edad y condiciones de bastarte a ti misma.

Luego volvió a colocar la caja en el cajón y abrió otra: Marcela, inmóvil, no manifestó la menor curiosidad, lo cual sorprendió a su amiga: ésta la contempló atentamente y de pronto vió que de los párpados medio cerrados de la niña se escapaba una lágrima y en seguida otra.

— ¿Qué tienes?, exclamó conturbada la buena señora.

— ¡Ay, señorita Herminia, no se muera usted! ¡La quiero tanto!, exclamó Marcela arrojándose a su cuello y no tratando ya de reprimir su llanto.

— Procuraré que así sea, repuso aquélla sonriendo y estrechando entre sus brazos a Marcela, mientras por encima de la cabeza de ésta se enjugaba una lágrima que a pesar suyo se desprendía de sus ojos.

Al cabo de un momento mandó a la niña al jardín y concluyó sola el arreglo de sus cajones. Cuando hubo terminado quedóse largo rato pensativa, y luego, dirigiéndose a su secreter, contó la cantidad que aún tenía y que debía bastarle hasta el próximo vencimiento de sus rentas.

Después de haber hecho mentalmente algunos cálculos, cogió un buen número de monedas de oro y cuidadosamente envueltas las puso en la caja que llevaba el nombre de Marcela.

— Es preciso hacer economías. ¡Qué sería de la chiquilla si la dejaba sin recursos! He de ver a mi notario, pues hay que preverlo todo.

Cierto que hay que preverlo todo y que siempre tenemos intención de ir a ver al notario; pero las más de las veces la intención no pasa de tal. Así sucedióle a la señorita Herminia; pero como era joven todavía y se encontraba perfectamente... Cincuenta y dos años no es edad para hacer pensar seriamente en la muerte.

XX

— ¡Ah!, exclamó Marcela lanzando un grito de descontento.

Su volante nuevo, enviado demasiado lejos por un golpe de pala, acababa de desaparecer tras la pared del jardín vecino.

La señorita Herminia había dicho ya una vez que todos los juguetes, pelotas, globos, volantes, etc., que tomaran aquel camino se considerarían definitivamente perdidos y no se reclamarían nunca. Sin embargo, a menudo las pelotas y los volantes parecían encontrar solos el camino de donde venían, puesto que Marcela los hallaba en el jardín sin saber cómo estaban allí. Alguien les enviaba de seguro por encima de la tapia. Esto era todo lo que deseaba la

chiquilla, pero sentía una especie de curiosidad por saber quién era el personaje misterioso y benévolo que de tal manera le devolvía sus juguetes sin pedir siquiera las gracias por su trabajo. Era preciso que conociese las horas en que Marcela no estaba en el jardín, pues jamás había dado la casualidad de advertir el momento preciso en que alguno de aquellos juguetes tomaba para su vuelta el camino aéreo que había seguido para desaparecer. Aquel incógnito debía ser, sin duda, alguna señorita con cofia de encaje, como la señorita Herminia, pues Marcela no concebía otro ideal del ser benévolo.

Un «¡ah!» que parecía el eco del suyo sonó detrás de la pared, pero era un eco burlón; y casi en seguida, el volante, lanzado por mano vigorosa, cayó en las mismísimas manos de Marcela, que en aquel momento miraba hacia arriba.

— ¡Ah!, repitió la misma voz burlona, esta vez más distintamente, y Marcela vió aparecer por sobre la hojarasca de una dulcamara una cabeza de muchacho, sonriente y socarrona, cuyos ojos grises lanzaban destellos de malicia y que enseñaba al reír todos los dientes.

— ¿Eres tú que te entretienes en echar tus juguetes en mi jardín?, dijo aquella boca con gesto severo que desmentía la malicia que expresaban sus ojos.

— ¡No lo hice a propósito!, balbuceó Marcela, casi avergonzada.

— ¡Pues no faltaría más que eso!, repuso el muchacho con tono de reprobación.

Marcela sentía algo de temor, pues de sus días de desgracia le quedaba siempre una timidez y un miedo que no sabía dominar. Levantó los ojos hacia la cabeza, que aparecía ahora sobre una corbata negra y un blanco cuello que se unían a la blusa de lana azul. El chico, sintiendo compasión por el aire confuso de la niña, lanzó una carcajada.

— ¡Qué tonta eres!, dijo; ¡si no soy malo!

Aquellas palabras tranquilizaron a Marcela que sentía ganas de llorar, y que sonriendo, aunque algo cortada aún, hizo saltar su volante sobre la pala con gracioso gesto.

— Espera, dijo el muchacho, voy a buscar mis volantes y vamos a jugar un rato por encima de la pared.

La cabeza desapareció tan pronto como había salido, y Marcela se preguntó interiormente si debía marcharse ó esperar la vuelta de aquel nuevo amigo. Apenas si tuvo tiempo de reflexionarlo, pues un enorme volante, tres veces mayor que el suyo, salvó la pared, como un pesado pájaro, y cayó en la arena, junto a sus pies.

— Tómallo, dijo la voz detrás de la pared, y envíalo.

La pequeñuela no se lo hizo repetir dos veces, y una partida homérica empezó entre aquellos dos jugadores que no se veían. Una vez, el volante saltó chorreando agua, en tanto que una voz decía:

— ¡Miren la pícaro! ¡Ha echado el volante al estanque! Suerte que los peces están muertos, pues el gato los pescó hace días. Vé con cuidado, ¿eh?

— ¡Si no sé dónde lo tiro!, objetó Marcela.

— Pues eso es precisamente lo gracioso. Ea, ¡hup!

La niña empezaba a fatigarse, pero el muchacho era incansable.

De repente Rosa apareció en el dintel de la puerta, y quedó petrificada de admiración viendo cómo el volante saltaba la pared y lo tomaba Marcela. Fué preciso un buen rato para que la criada entendiera lo que sucedía, y entonces llamó a la niña, que se estremeció como si la hubiesen cogido en falta.

— ¿Con quién jugabas?, preguntó Rosa, aterrorizada por aquel hecho sin precedente en su vida.

— No lo sé, contestó la niña mirándola con sus ojitos inocentes. He visto una cabeza que asomaba por detrás de la pared, y creo que es un muchacho, según la blusa que lleva.

Aquellas señas algo confusas fueron completadas por la aparición de la susodicha cabeza que se asomó por entre el follaje y dijo gravemente:

— Soy yo, Julio Bréault. ¿No me conoce usted ya, señora Rosa? ¿De cuándo acá tienen ustedes una chiquilla en casa? ¡Y nos lo habían ustedes ocultado!

— ¡Ah, eres tú, buena pieza!, dijo Rosa calmada como por ensalmo. ¿De dónde sales?

— ¡Toma! Pues ¿para qué son las vacaciones de Pascua sino para pasar una temporada en casa? ¿Cómo se llama esta niña?

— Marcela, replicó la rapazuela, que se tranquilizaba viendo que el asunto no tomaba mal sesgo.

— Lo más natural, repuso Rosa, sería que hicieras una visita a la señora en vez de entretenerte en estropear la ropa, encaramándote como los gatos.

— Ni me estropeo la ropa ni me encaramo a las paredes, contestó el pícaro muchacho guiñando un ojo, pues tengo una escala.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

MÁQUINA PARA TIRAR LOS CLISÉS FOTOGRAFÍCOS

El sistema hasta ahora empleado para tirar varios ejemplares de un clisé fotográfico es más bien un procedimiento indirecto, es decir, que no se opera con el mismo clisé obtenido en la cámara oscura, sino con una plancha convenientemente preparada por procedimientos fotográficos, sí, pero cuya tirada se hace con tintas grasas por medio de prensas tipográficas, litográficas ú otras, según los casos.

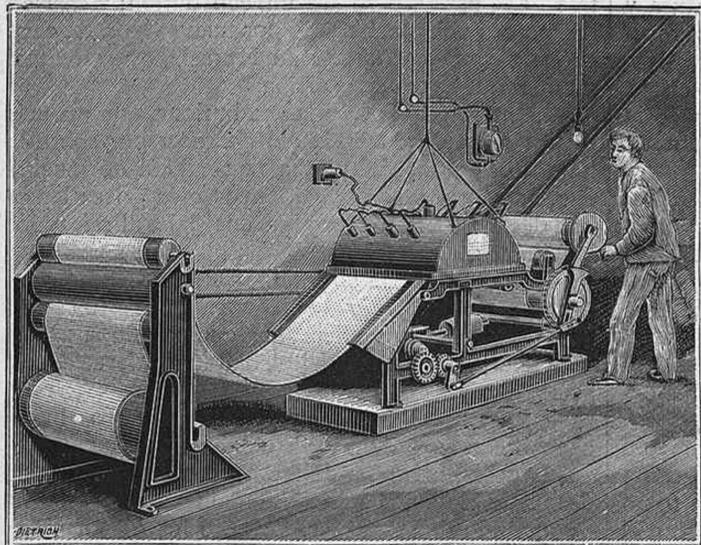


Fig. 1. Aparato para la exposición á la luz de los rodillos de papel sensible

Pues bien: en el *Scientific American* encontramos la descripción de una máquina que permite hacer la tirada de un modo completamente fotográfico sobre el mismo clisé obtenido en la cámara oscura, del mismo modo que en pequeñas cantidades se hace con el *chassis-prensa*. Este nuevo procedimiento consiste en impresionar papel al gelatino-bromuro, que exige muy poco tiempo de exposición á la luz y se desarrolla luego automáticamente. El papel, que tie-

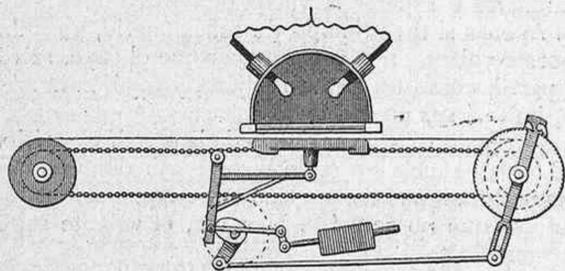


Fig. 3. Detalles del aparato de exposición á la luz

ne 900 metros de longitud por 90 centímetros de ancho, va arrollado á un carrete colocado en un caballete en una habitación débilmente iluminada por luz encarnada (fig. 1). A medida que se desenrolla pasa por debajo de uno ó varios negativos, que se apoyan sobre él en el momento mismo que se enciende una lámpara de incandescencia, y luego se enrolla en la cantidad que se desea para que se impresione una nueva porción del mismo, y finalmente se recoge en otro carrete. Éste es llevado á una habitación inmediata, en donde se verifican automáticamente las operaciones de desarrollarlo, fijarlo, lavarlo y secarlo (figura 2).

La máquina destinada á imprimir el papel se compone de un tambor, debajo del cual están colocados los negativos: éstos descansan en una plancha de cristal, á la cual están fijados por medio de tiras de papel, y tienen cubiertos los bordes para que queden márgenes blancos en las pruebas. Si se opera sobre varios negativos á la vez, se determina, por medio de una experiencia previa, el grado de opacidad de cada uno de ellos. En lo posible deben escogerse para ser tirados juntos negativos de la misma densidad, y hasta cierto punto puede conseguirse que todos sean entre sí iguales, interponiendo delante de los más débiles una ó varias hojas de papel transparente. También se puede obtener el mismo resultado graduando convenientemente la lámpara destinada á cada negativo. Este primer trabajo es cuestión de cuidado y debe hacerse con mucho discernimiento por persona competente, pues en una tirada de esta especie todo dependerá del modo como se haya dado la impresión luminosa: para mayor seguridad es evidente que sería preferible hacer funcionar la máquina con un solo clisé. El tambor de que antes hemos hablado está fijado al techo por medio de una cuerda que pasa

por una polea y lleva un contrapeso, de modo que se pueda quitar fácilmente para disponer el ó los negativos: tiene á cada lado cuatro lámparas de incandescencia de treinta y dos bujías, unidas por cordones delgados á una toma de corriente situada en la pared de la habitación, cuyo circuito puede ser cortado automáticamente por el mismo funcionamiento de la máquina. A fin de evitar un exceso de calor, como consecuencia de la presencia de estas lámparas, un pequeño ventilador eléctrico establece una corriente de aire. A un lado hay una ventana cuadrada, provista de un cristal encarnado, que permite vigilar el fun-

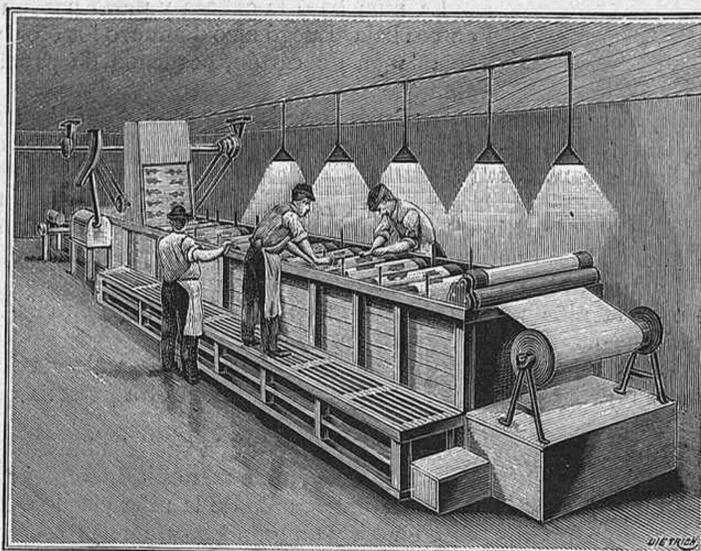


Fig. 2. Aparato para desarrollar que realiza también las operaciones de fijar, dar alumbre, lavar y secar

cionamiento de las lámparas y asegurarse de que ninguna se ha apagado por efecto de la ruptura de un filamento ó por otra causa.

El papel pasa por un cilindro de arrastre, gobernado por medio de una manivela y de una biela (fig. 3), de manera que verifica el arrastre á sacudidas, pues es preciso que haya una parada durante la acción de la luz al través del clisé; en el momento en que se produce esta parada, un resorte suelta un contrapeso que aprieta el papel contra el clisé, produciéndose entonces el contacto eléctrico que enciende las lámparas; continúa la máquina girando, y un nuevo resorte vuelve á levantar el contrapeso para dejar libre el papel; las lámparas se extinguen y delante de los clisés se presenta otra porción de la superficie sensible. La cantidad de papel que cada vez debe desarrollarse es fácilmente graduable, según la dimensión de los clisés que se tiren, maniobrando sobre el brazo de la palanca que imprime movimiento al cilindro de arrastre. El tiempo que ha de durar la exposición se determina según la densidad de los negativos y se gradúa del mismo modo antes de poner en movimiento la máquina.

De modo que el rollo que se ha formado al extremo de esta primera máquina contiene las pruebas

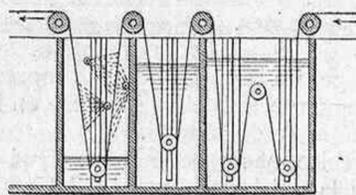


Fig. 4. Cubeta de desarrollo

en estado latente. Para desarrollarlas se lleva aquel rollo á la segunda máquina, que no es más que una larga cubeta dividida en muchos compartimientos, en los cuales circula el papel impresionado.

El primer compartimiento contiene una solución, ya utilizada, de oxalato de hierro: allí el papel pasa por cilindros (fig. 4), que le guían de modo que aun andando permanezca bastante tiempo en contacto con las paredes verticales y el fondo de la cubeta. Así desarrollado á medias y cuando comienza á aparecer la imagen, llega al cilindro que se encuentra en la separación de la cubeta siguiente, la cual contiene una solución nueva de oxalato de hierro: en ella se termina el desarrollo. Las cubetas siguientes, en las que el papel está siempre guiado por cilindros, contienen: ácido cítrico para detener la acción del desarrollador, agua para un primer lavado, hiposulfito para la fijación, y alumbre. Después de éstas hay otras cubetas con agua destinadas á lavar bien la prueba una vez completamente terminada. El movimiento del papel está determinado por los rodillos que hay en la separación de las cubetas y que desempeñan

el papel de rodillos de arrastre: todos ellos están movidos á una velocidad uniforme por medio de un tornillo sin fin que ocupa toda la longitud de la cubeta. Al salir de la última agua de lavado el papel sube verticalmente á fin de que el líquido se desprenda á gotas y penetre en una larga chimenea, en donde una corriente de aire caliente, obtenido por medio de una estufa de gas, lo seca por completo. Por último se enrolla en un carrete que es llevado á un taller especial, y allí se cortan las pruebas al tamaño que se quiere y se las monta en cartón empleando para esta operación los procedimientos ordinarios.

El alumbrado de la habitación en donde se procede al desarrollo ofrece una particularidad interesante: en el extremo en donde se empieza la operación hay dispuestas varias lámparas provistas de cristales encarnados inactivos y en el extremo opuesto lámparas blancas. Como la habitación es muy larga, se forma una mezcla de luz blanca y encarnada que se reparte en toda la longitud de la cuba y cuyo grado actínico crece á medida que aumenta la sensibilidad del papel. La circunstancia de estar situada la luz blanca en el lado de la puerta de entrada hace que se evite cualquier sorpresa. Durante el trayecto del papel los obreros vigilan la operación y por medio de esponjas limpian las inmundicias que podrían ser arrastradas y producir manchas.

En la cuba de desarrollo, cuya longitud es de 30 metros, hay veintisiete rodillos. La velocidad con que corre el papel es de tres metros por minuto, pudiendo obtenerse en este tiempo 245 pruebas: de modo que en una jornada de diez horas se pueden producir 147.000, cifra más que suficiente para proveer de ilustraciones á los diarios de mayor circulación.

Tenemos, pues, una nueva industria que parece poder hacer una competencia seria á los procedimientos de tirado que no permiten imprimir el grabado al mismo tiempo que el texto.

G. MARESCHAL

* *

CARRERAS DE TRENES EXPRESOS EN INGLATERRA

Desde hace años dos compañías de ferrocarriles ingleses rivalizaban en velocidad y se adjudicaban cada una la victoria sobre la otra sin haber realizado ninguna prueba definitiva. Por último estas dos compañías, la *North Western* y la *Great Northern Roads*, decidieron efectuar una serie de carreras en un recorrido determinado. La primera había escogido como punto de partida la *East Station* (Londres) y la segunda la *King's Cross Station*, siendo el punto común de llegada Aberdeen (Escocia): la distancia que separa las estaciones extremas de la primera, es de 864 kilómetros y la comprendida entre las de la segunda de 841.

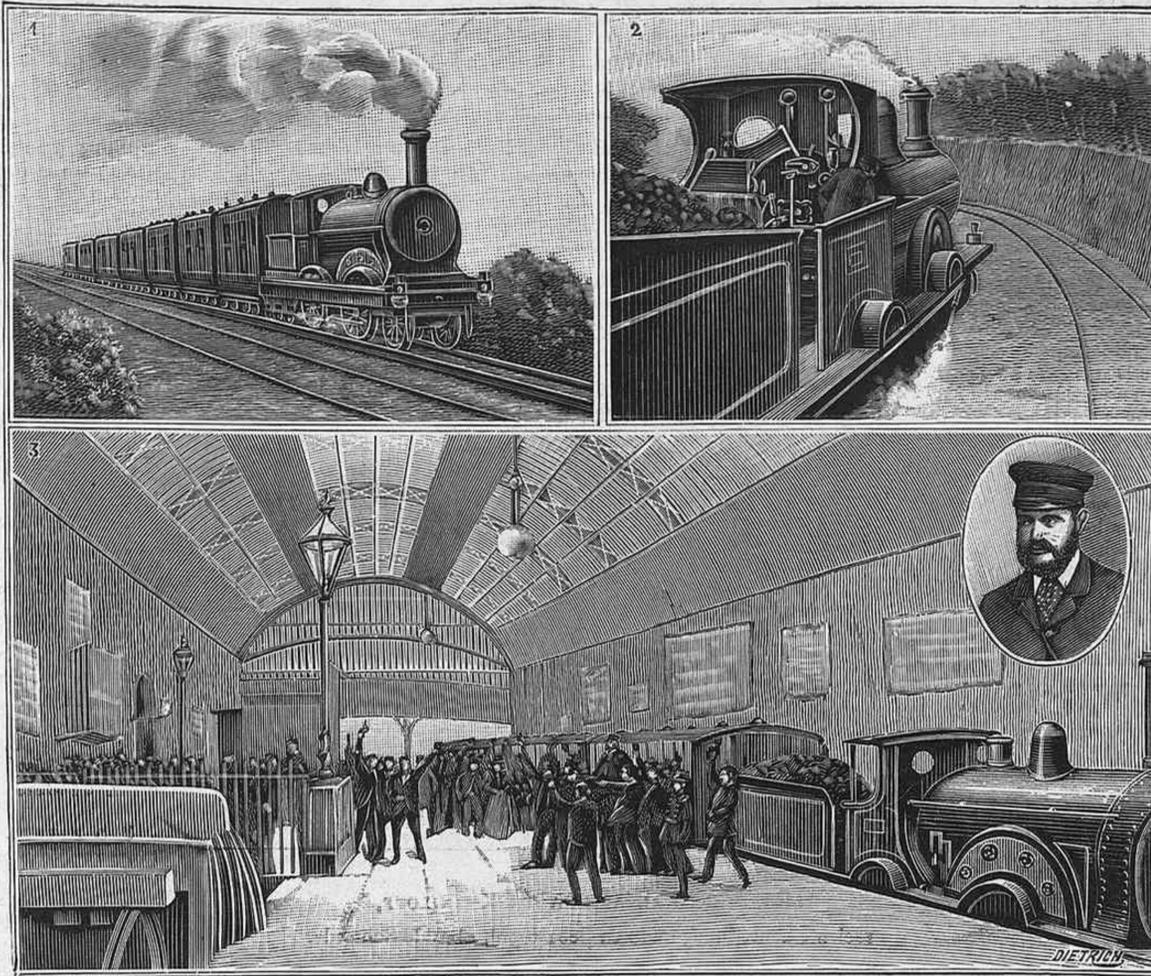
La primera prueba se verificó el 19 de agosto último: cada expreso se componía del mismo número de vagones y un furgón de cola, arrastrados por una sola máquina de marcha rápida. Su duración proporcional de los trayectos fué casi la misma para ambos trenes, si bien llevó una pequeña ventaja el de la *North Western*, que recorrió los 864 kilómetros en 555 minutos. El día 21 del mismo mes los mismos trenes efectuaron la segunda carrera, y también alcanzó el de la *North Western* alguna ventaja recorriendo los 864 kilómetros en 538 minutos, al paso que la otra empleó 537 minutos en el recorrido de 841 kilómetros. El día 23 verificóse nueva prueba en la que se acentuó la victoria de la *North Western*, que ganó todavía tres minutos sobre la duración precedente del trayecto. Finalmente, el día 25 llevó á cabo la experiencia decisiva: el expreso de la *North Western* llegó á Aberdeen, habiendo recorrido el trayecto en 512 minutos.

En presencia de tal hazaña, los habitantes de Aberdeen, en el colmo del entusiasmo, llevaron en triunfo por las calles de la ciudad al maquinista vencedor Soutar. A los nueve minutos de haber llegado el primer tren, silbaba en la estación el segundo expreso que, vencido aunque gloriosamente, había tardado 521 minutos en recorrer los 841 kilómetros.

La velocidad media del tren vencedor fué de 101'704 kilómetros por hora; pero deduciendo las

paradas que hubo de hacer en las cinco estaciones del trayecto, resulta una velocidad efectiva constante de 120 á 130 kilómetros por hora, rapidez que ninguna compañía europea se habría atrevido hasta ahora á poner en práctica. Hay que hacer constar, sin embargo, que desde la prueba memorable, los expresos de las dos compañías han vuelto á sus antiguas velocidades, que no son pequeñas.

Los americanos no podían permanecer insensibles al éxito conseguido por las dos sociedades inglesas, éxito que les arrebató el *record* del mundo, conservado hasta entonces por la *New York Empire State Company*, en cuya red los trenes expresos recorren ordinariamente, en servicio regular, en 520 minutos los 707,520 kilómetros que separan á Nueva York de Buffalo, á pesar de las numerosas paradas, de las grandes pendientes y de las curvas de escaso radio. La prensa de los Estados Unidos ha hecho notar, con alguna razón, que en los ferrocarriles ingleses no existen estos obstáculos, lo cual permite á las compañías aumentar notablemente la velocidad de sus trenes. Además los expresos ingleses se componían cada



CARRERAS DE TRENES EXPRESOS EN INGLATERRA. - Núm. 1. El expreso de la *North-Western Company*, lanzado á toda velocidad. - Núm. 2. El expreso de la *Great Northern Roads*, lanzado á toda velocidad. - Núm. 3. Llegada á Aberdeen del expreso de la *North-Western Company* después de haber recorrido 540 millas inglesas en 512 minutos. La muchedumbre lleva en triunfo al maquinista. En el cartucho el retrato del maquinista vencedor Soutar.

(De fotografías instantáneas)

uno de un pequeño número de vehículos mucho más ligeros que los que se usan en los expresos americanos, los cuales se componen de doble número de coches de grandes dimensiones y de muchos furgones de equipajes y de mercancías. Esta carga considerable aumenta en muy elevadas proporciones el peso muerto que ha de arrastrar cada locomotora, y por otra parte las pendientes, curvas y los cruces abundan en todas partes, aumentando con ello las dificultades, pues el maquinista rara vez se encuentra en un largo trayecto en línea recta que le permita lanzarse á toda velocidad.

A pesar de estas consideraciones, los americanos no han querido ser vencidos, y en 10 de septiembre último un tren especial, salido de Nueva York á las 5 y 40 minutos 30 segundos de la mañana, llegaba á Buffalo á las 12 y 34 minutos 57 segundos del día: de suerte que este expreso había recorrido 440 millas en 6 horas y 54 minutos 27 segundos, ó sea con una velocidad media de 103,451 kilómetros por hora, y deduciendo la duración de las paradas, resulta como velocidad real del expreso americano la de 135 kilómetros por hora. - C. MARSILLÓN

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, 21, Barcelona (Gracia)

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos de ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO HISPANO-AMERICANO
Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que reproducen las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas
MONTANER Y SIMON, EDITORES

QUINA ANTI-DIABÉTICA ROCHER
FRASCO: 3'50. Expedición franco de dos frascos contra 8 fr. - Depósito ROCHER, Farmacéutico, 112, Rue de Turenne, PARIS, y FARMACIAS.
Envío gratis y franco de un estudio interesante indicando causas y consecuencias de la DIABÉTIS.
EN BARCELONA: SRES. VICENTE FERRER Y C.^{ta}

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D^o CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
1867 1872 1873 1876 1878
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALCIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

Pildoras y Jarabe de BLANCARD
Solucion BLANCARD
Comprimidos de Exalgina
Con Ioduro de Hierro Inalterable.
ANEMIA
COLORES PALIDOS
RAQUITISMO
ESCRÓFULOS
TUMORES BLANCOS. etc., etc.
JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS
DOLORS! DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.
El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento.
CONTRA EL DOLOR.
Exíjase la Firma y el Sello de Garantia. - Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

Las Personas que conocen las
PILDORAS de DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Agua Léchelle
HEMOSTÁTICA. - Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELoup, médico de los hospitales de París, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa.
Depósito General: Rue St-Honoré, 165, en París.

CARNE, HIERRO y QUINA
El Alimento mas fortificante unido á los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la *Clorosis*, la *Anémia*, las *Menstruaciones dolorosas*, el *Empobrecimiento* y la *Ateración de la Sangre*, el *Raquitismo*, las *Afecciones escrófulosas* y *escorbúticas*, etc. El *Vino Ferruginoso de Aroud* es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los órganos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y decolorada: el *vigor*, la *Coloración* y la *Energía vital*.
Por mayor, en París, en casa de J. FERRE, Farm. 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXÍJASE el nombre y la firma **AROUD**

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exíjase en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES

LA VOZ DE UNA MADRE, por Doña María de los Dolores del Pozo. - Cuantos consejos pueden dictar el corazón de la madre más amantísima y la fe de la mujer más piadosa para inculcar á su hijo los grandes principios sobre que se basa la verdadera felicidad, hállanse reunidos en este valiosísimo libro. En él tienen mucho que aprender las madres que desean para sus hijos algo más que el bienestar artificial que dan los bienes materiales; en él encontrarán también los hijos mucho que les haga pensar en sus deberes para con Dios y para con la sociedad. Inspirada en el más elevado espíritu religioso, concebida por una inteligencia de educación é instrucción no comunes y dictada por un corazón en que desborda el amor maternal, la obra de la señora del Pozo merece un puesto de preferencia en el seno de toda familia cristiana. Su lectura, amena é interesante cual pocas, abre nuevos horizontes al sentimiento de las madres, que en La voz de una madre encontrarán instrucciones para triunfar de las situaciones más difíciles de esta vida y armas poderosas con que prevenir los peligros y combatir los males que se oponen á la conservación de la dicha en este mundo y al logro de la eterna bienaventuranza en el otro. El libro que nos ocupa, aprobado por la censura eclesiástica y recomendado por varios prelados, sacerdotes y congregaciones religiosas, se vende en la librería de Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5, al precio de 2'50 pesetas en rústica, 3'75 en cartón y 5'50 con encuadernación de lujo. Los pedidos al por mayor deben dirigirse á la autora (calle de Gerona, 74, 1.º, en Barcelona).

CON MOTIVO DEL VERBO «DESVESTIRSE», por R. Monner Sans. - Pocas veces como ahora sentimos tan de veras que nos falte espacio para ocuparnos de un libro con la detención que merece. El origen de la obra del Sr. Monner Sans fué el deseo de averiguar si podía emplear sin remordimientos el verbo desvestir, y compulsando para ello libros y diccionarios hubo de ver que en el de la Academia



MONUMENTO AL ALMIRANTE KORNILOFF, recientemente inaugurado en Sebastopol, obra de Schroeder

faltan una multitud de palabras de las que comienzan por la partícula des. Continúo sus estudios, y el fruto de ellos fué la obra que nos ocupa, y que, aunque calificada por su autor de pasatiempo lexicográfico, debe ser considerada como notable trabajo filológico. Contiene el libro 1008 observaciones dignas de que en ellas fije su atención la Academia española, que sin duda podrá utilizarlas en buena parte para la próxima edición del léxico oficial. El trabajo del Sr. Monner Sans demuestra, no sólo una gran paciencia, sino que también profundos conocimientos lingüísticos y notable erudición en materias de nuestra literatura. La obra del Sr. Monner Sans, que ha sido editada por Félix Lajouanne (Perú, 79, Buenos Aires), lleva como apéndice un interesante y muy bien escrito discurso sobre el lenguaje gauchesco, que dicho señor pronunció en la fiesta celebrada por el Instituto Americano de Adrogué (República Argentina).

¡ALELUYAS FINAS!, por M. Matoses (Corzuelo). - POR LA ESPAÑA PINTORESCA, por Emilia Pardo Bazán. - Forman estos libros los tomos 31 y 32 de la Colección Diamante que con tanto éxito publica en esta ciudad la casa editorial López. El primero se compone de una porción de artículos chispeantes, como todos los del Sr. Matoses; el segundo es una colección de impresiones de viajes, y siendo de tan eminente escritora no hay que decir hasta qué punto cautivan al lector las hermosas descripciones en él contenidas y las interesantes observaciones y profundos pensamientos que en aquella privilegiada inteligencia hace surgir la contemplación, ora de lugares pintorescos, como Ontaneda y Comillas, ora de ciudades pobladas de maravillas artísticas y de recuerdos históricos, como Valladolid, Toledo y otras. Véndese cada tomo al precio de dos reales.

PRO PATRIA. - El último número de tan importante revista contiene notables trabajos de Guillermo Huszar (en húngaro con su traducción castellana), Stor, Fernández Vaamonde, Vega-Rey, P. Gascón de Gotor, Martínez de Escobar, Díaz y Pérez.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21.

MAREO PELAGINA RESULTADOS COMPLETOS en el mayor número; ALIVIO SEGURO en los otros. IMPORTA SABER COMO EMPLEARLO. En Frascos, frascos 5, 3 y 1 fr. 50 E. FOURNIER Farm., 114, Rue de Provence, PARIS, y en las principales Poblaciones marítimas. MADRID: Melchor GARCIA, y todas Farmacias.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD En Polvos y Cigarrillos Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION ASMA y toda afección Espasmódica de las vías respiratorias. 25 años de éxito. Med. Oro y Plata. J. PERRÉ y Cia, P.º, 102, R. Richelieu, París.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias EL JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

CARNE y QUINA El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico. VINO AROUD con QUINA Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE CARNE y QUINA! con los elementos que entran en la composición de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al Vino de Quina de Aroud. Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm., 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD. SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS. EXIJASE el nombre y la firma AROUD

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc. Empleado con el mejor exito El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc. G r ageas al Lactato de Hierro de G GÉLIS & CONTÉ Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas. HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Medalla de Oro de la S.ª de F.ª de Paris LABELONYE y Cia, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

PUREZA DEL CUTIS LA LECHE ANTEFÉLICA ó Leche Candès para ó mezclada con agua, disipa PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES. Pone y conserva el cutis limpio y terso. Franco. 5 fr. en Paris. C.ª DE DETHAN, 28, St-Denis, 28

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D.ª FRANCK Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores) PARIS: Farmacia LEROY Y en todas las Farmacias.

PAPEL WLINS Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris. Depósito en todas las Farmacias. PARIS, 31, Rue de Seine.

Jarabe Laroze DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos. JARABE al Bromuro de Potasio DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S.ª-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas. Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C.ª, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris. Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 Reales. Escribir en el rótulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

EL APIOL de los Dres JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN